

GRAN CABOTAJE

Del Mar Rojo a Barcelona

I LA PALIZA

Se la mereció por imbécil!

- Attenzione Secondo. C'è una nave a proa.

Me sorprendió que el timonel bosniaco divisara un barco antes que yo. Eran las dos de la madrugada y a esas horas lo normal era que soñara con la familia y con el Bosna Sarajevo, el equipo de basquet de sus amores, que este año parecía contar con un base de rompe y rasga. Para mí no hacía otra cosa que dormir, no sólo por unos ronquidos que el yugoslavo no hubiera tenido reparos en definir como suspiros de Bosnia, como por las guiñadas del barco que rebasaban los veinte grados a babor y a estribor; más a babor que a estribor, ya fuera por lo del socialismo autogestionario o porque algún espejismo marinerico le escorbaba hacia tierra con el ánimo de ensoñar a la familia en el primer prostíbulo que se le pusiera a tiro. Lo cierto era que, en mitad del Océano Índico, fuera de la derrota de los grandes petroleros y con bandera panameña en la popa, la cosa no tenía mayor importancia.

Navegábamos en demanda del Mar Rojo aprovechando la contracorriente costera que discurre por el Canal de Mozambique a pocas millas de la provincia portuguesa de ultramar de igual nombre. Con el Canal de Suez cerrado a cal y canto, nuestro armador, un italiano de Pésaro con domicilio fiscal en Lugano, se había empeñado, mediante la circunnavegación de África, en mantener una línea más o menos regular con el mítico y bíblico Mar Eritreo.

Soportábamos más de treinta días de sol y moscas desde Gibraltar; única escala del barco después de zarpar de Trieste, puerto de armamento de nuestro Onassis pueblerino. Eran innumerables los parientes y coterráneos del armador que se podían encontrar en los barcos de la Compañía. Casi todos los tripulantes italianos estaban emparentados con él, mientras los no transalpinos se veían obligados a conseguir el sucedáneo de lazo familiar para continuar en la empresa con regalos a los inspectores pero sobre todo con una intachable docilidad social en los puertos italianos. De lo que sucediera durante la travesía nadie pedía explicaciones mientras los intereses de la naviera no se resintieran.

En Gibraltar tuve que sufrir los impertinentes comentarios del capitán, croata residente en Trieste y nacionalizado italiano, sobre la incapacidad de España para recuperar la roca. Yo me esforzaba en darle a entender que la cosa no iba conmigo pero no lo conseguía; ver a los ciudadanos del Peñón hablando en inglés en las oficinas y con los *bobbies* y en andaluz en los bares y en la calle, no me pareció edificante. Le explicaba, mientras por los adentros me cagaba en sus muertos, que España ya era lo bastante grande y que los españoles de ahora pasábamos de esas cosas. Me daban ganas de recordarle que Sicilia, Nápoles y Milán habían pertenecido mucho tiempo al imperio en el que no se ponía el sol; pero él era el capitán y yo el segundo oficial en mi primer embarque de piloto y había que tragar quina.

Desde el Cabo de Buena Esperanza no nos habíamos cruzado con ningún barco y me alegró romper la monotonía de la guardia. Rescaté la lámpara aldís del fondo del armario donde se había mantenido virgen hasta mi llegada; fuera de zonas de tráfico, el aburrimiento me animaba a comunicar con todos los barcos que avistaba. Comencé a transmitir en el código Morse que aún tenía fresco del examen de piloto. Agradecí que no me respondiera con las letras VHF, exigiendo el uso de ese aparato en lugar de la romántica lámpara de señales. Eso quería decir que mi compañero nocturno no pertenecía a ningún país muy allá y tampoco disponía del moderno aparato. En efecto, me estaba cruzando babor con babor con el navío colonial «Angoche», matrícula de Lourenço Marques, en viaje de Quelimane a Beira. Le respondí con mis credenciales y como siempre nos deseamos buena guardia y buen viaje.

Quelimane me evocaba el final del periplo africano de Livingstone llorando entristecido por el espectáculo de las factorías de esclavos en este último bastión del tráfico de ébano. Después del éxito de bloqueo inglés en la costa occidental de África, Quelimane se convirtió a finales del siglo pasado en el gran puerto negrero del Índico. Imaginaba a los funcionarios coloniales tratando de convencer al anciano explorador y misionero de la inevitabilidad de la trata, como ahora intentan demostrar al mundo la indiscutible condición de provincias portuguesas de ultramar de estos inmensos territorios africanos.

- ¿De dónde es ese barco? –preguntó mi onírico timonel.

- Es un barco portugués que se dirige a Beira.

- Yo he estado en Beira; un *porto in gamba*. No tienes ni que andar cien metros del muelle y ya encuentras todo lo que necesitas; negras baratas y sin problemas, no como en Durban o Capetown.

El bosniaco resultó ser un forofo del imperio portugués.

- Y además mandan los blancos, como debe ser. No tienes que aguantar que ningún moreno hijoputa te de la murga como en todos estos puertos de mierda.

Y también racista, pensé. Aún así, intenté el diálogo.

- Tú sabes, Yanko, que Portugal es tan pequeño y pobre como tu querida Bosnia y aún así, la mitad del sur de Africa les pertenece.

- No lo sabía, pero me parece muy bien. Los portugueses son europeos y blancos y los blancos tienen que mandar.

- Pero hombre, que estamos en el siglo veinte. Y eso no es lo que te han enseñado, que tú eres comunista.

- Yo comunista, ¡vamos ya! A mí dame dinero y cosas que comprar y métete la política donde te quepa.

No era la primera vez que le tiraba de la lengua y sabía de su voracidad consumista. Estaba claro que este ciudadano del Estado Autogestionario también estaba lejos del pregonado hombre nuevo socialista.

Faltaría poco para el relevo de guardia de las cuatro de la madrugada cuando me sobresaltó un barullo que provenía del alerón. Nuestro cocinero se precipitó dentro del puente gritando muy alterado.

- ¡Auxilio, auxilio! Pido protección.

Encendí la luz del puente y pude ver el rostro del siciliano reducido a una masa de sangre y moratones que me impresionó.

- Pero Gino, cuenta, ¿qué te ha pasado?

- Solimán, segundo, Solimán –repetía entre lloros.

- Vamos, explícate.

- Estábamos jugando al póquer: Solimán, Alí y yo. Solimán perdía mucho, yo tenía una buena racha. En un pote importante abrió con cinco mil liras... Yo sabía que no tenía la pareja de ases necesaria para abrir; no fui a la jugada pero le exigí que enseñara la apertura. No quiso hacerlo, pero insistí; estaba seguro del *bluf*. Es obligatorio mostrarla, tú lo sabes. Protesté, y sin darme cuenta me encontré con una pistola en la barriga; con la mano izquierda aguantaba la pistola y con la derecha, ya ves.

- ¿Pero cómo no gritaste? Esto no es el “Michelangelo”. Alguien te hubiera oído.

- Lo hice, lo hice; pero nada. Hasta el mismo Alí se las piró. Ya sabes como es la gente de este barco; nadie quiere ser testigo de las cosas de Solimán.

El pobre Gino temblaba de miedo y rabia.

- Tú no sabes lo que es una pistola en la barriga; una pistola de Solimán. Recuerda lo que pasó el viaje anterior. Apenas sentía sus golpes; sólo me fijaba en sus ojos.

- Cálmate. ¿Dónde está Solimán?

- Estoy aquí. Y toda esa historia es mentira.

La voz provenía del alerón opuesto. Al volver a apagar la luz no nos habíamos percatado de la presencia del somalí que parecía haber escuchado toda la conversación.

- ¿Qué es mentira? ¿La cara de mapa de Gino?

- Es mentira lo de la pistola; y de lo otro habría mucho que hablar. La paliza se la ha merecido por imbécil, pero fue de hombre a hombre: bueno, de hombre a lo que sea –remachó con chulería.

La oscuridad del puente me impedía verlo con nitidez pero se intuía su figura larga, afilada, serena. Se expresaba en un italiano de acento seco, metálico, en nada parecido a como creemos que los negros deben hablar los idiomas europeos. A mí también me intimidaba Solimán; me impresionaba lo que de él se contaba. El que perteneciera al *Black Power* era lo de menos; no era el único a bordo. Lo que más desconcertaba era lo enigmático de su comportamiento: aparecía donde y cuando menos te lo esperabas y parecía estar siempre al tanto de cuanto pudiera interesar a nuestro microcosmos flotante. Entre otras cosas, se decía que había dejado cojo a un maquinista italiano de un «golpe accidental» con una barra de hierro; pero sobre todo, lo del viaje anterior.

Durante la travesía de vuelta a Europa había desaparecido el contraataque yugoslavo en circunstancias más que extrañas y se sabía que Solimán se la tenía jurada; pero, como de costumbre, no se pudo demostrar nada. Durante la investigación en Italia, nadie, ni siquiera el capitán, se atrevió a insinuar la más mínima implicación del somalí. Esta conspiración de silencio y miedo, junto a la tolerancia de los inspectores de la Naviera hacia nuestro personaje, permitía que aún permaneciera a bordo. También se hablaba mucho de su famosa pistola pero jamás la vio nadie, excepto la víctima de turno, y, claro, era palabra contra palabra; se podía decir que la pistolita era tan misteriosa como su dueño. Solimán era el calderero del barco, de treinta años escasos, alto, enjuto, fuerte y militante del *Black Power*, hubiera hecho una tortilla con todos los blancos del barco para comenzar su revolución negra sin pestañear. En los puertos italianos era dócil como una malva; pero en cuanto abandonábamos Europa se volvía peligrosísimo.

Sin embargo, el cocedor de pasta que teníamos de cocinero era eso, un aceptable cocedor de pasta; al menos nadie protestaba a la hora de la comida. A mí me daban ganas pero me aguantaba. En barcos de estas características el cocinero acostumbra a ser todo un personaje como el de la Isla del Tesoro; éste no lo era. Era siciliano y se llamaba Gino; ni mote tenía.

Me dirigí al Sultán con la máxima autoridad de que fui capaz.

- Lo ocurrido está muy claro y así lo haré constar en el Diario de Navegación; te ruego que te retires.

Lo del Diario de Navegación no pareció gustarle; luego supe que no era buena norma en estos barcos. Con el botiquín de urgencias del puente intenté curarle la cara a Gino. Excepto la nariz no parecía haber nada roto, ni siquiera un diente; eso sí, mucha sangre. El objetivo de la paliza parecía ser asustar y hacer daño; no me hubiera extrañado que el Sultán, así le llamábamos, hubiera sido boxeador.

El primer oficial, con mal gesto, interrumpió mis pinitos de enfermero.

- ¿Qué pasó con la guardia? –gruñó–, ¿olvidaste la costumbre de llamar un cuarto de hora antes? Son casi las cuatro y media.

- Disculpa Ivo, se me pasó; como ves, Solimán ha atacado de nuevo.

- *Porca madonna* –se santiguó–. Está cariñoso el Sultán.

Hice lo que pude con el rostro de Gino y le aconsejé que se retirara a descansar y, sobre todo, que se tranquilizara, que ya no había nada que temer. Me dispuse entonces a entregar la guardia al primer oficial.

- Según la última situación debemos estar a unas cinco millas de la costa; más o menos a la altura de Quelimane. El faro de Timbué se vio bien. Me he abierto diez grados a estribor cuando empezó esto; no me fio de estas corrientes después del susto de ayer en Závora. El radar queda en *stand by*; no me he podido situar con este jaleo. Sólo se ha

visto un barco portugués que nos cruzó por dentro. Por lo demás, luna y moscas; hoy vas a sudar de lo lindo en la siesta.

El croata, me escuchaba pestañeando cíclicamente a la tenue luz del cuarto de derrota. Se dirigió al radar mientras yo, procurando usar mi mejor italiano, dejaba constancia en el Cuaderno de Bitácora de los hechos acaecidos durante la guardia.

Cuando finalizaba, sentí a mi espalda la voz del primer oficial.

Ivo, el primer oficial, espatatino de treinta y pocos años, era un personaje peculiar: lo mismo se le veía con un collar de ajos que con un rosario preconiliar. Extrovertido con su intimidad; todas las tardes, al entrar de guardia, nos explicaba con rigor marxista la paja que le había merecido la siesta.

- ¿Qué has escrito ahí?

- Ya ves: lo que ha ocurrido.

- Mal hecho, mal hecho –dijo oscilando la cabeza.

- Mal hecho, ¿por qué? Es mi obligación.

- Tu obligación es no crear problemas a nadie. En unas horas nadie se acuerda de nada.

- Ese es tu punto de vista. Voy a llamar al Capitán.

- Tú no llamas a nadie. Yo soy el jefe de personal a bordo y el asunto queda en mis manos.

En el Cuaderno de Bitácora escribí, bajo la mirada del jefe de personal del barco: «Desautorizado por el primer oficial a informar de los hechos al capitán».

- Buena guardia –me despedí al abandonar el puente por la puerta interior.

Sólo respondió Alí, el timonel somalí, que había tomado el relevo del timón.

II LA MANIOBRA

La soledad del bersagliere

- ¡Diez grados a estribor! ¡A la vía! ¡Derecho como vas! ¡Media fuerza a la máquina! Segundo, ¿está izada la bandera de práctico?

Nuestro capitán, de uniforme blanco impecable, gorra arrugada que pedía relevo desde los tiempos de cadete en Rijeka y galones ostentosos muy a la italiana, había iniciado la maniobra de aproximación a nuestro primer puerto de escala con voz engolada y gestos de *bersagliere*.

Desde el primer embarque me sorprendió la actitud que adoptan los capitanes al entrar en puerto. Todos sufren un cambio de personalidad durante la maniobra de atraque. La voz se les torna cantarina, enérgica o de una equívoca suavidad simuladora de una serenidad que no tienen. Pasan sin transición de hablar en susurros a poner el volumen a tope. Recorren sin pausa el ancho del puente sembrando los ceniceros de cigarrillos encendidos y cuando se sientan en la alta silla de mando, parecen tener miedo a perder la raya del pantalón dominguero. El prólogo del magnífico texto de maniobra «Pilotaje en Puerto» decía algo que me quedó grabado: “La satisfacción que produce dirigir la maniobra de un buque hasta su atraque, es similar por no decir superior a cualquier otra experiencia profesional”. Creo que es cierto, pero también lo es que hay capitanes que le echan mucho cuento; y uno de ellos era nuestro eslavo italianizado. En las maniobras era inaguantable: exigía confirmación de cualquier orden, se emperraba en cosas que eran evidentes, quería informaciones que saltaban a la vista de sus narices y reprendía de forma paternal y estúpida. Pero lo peor era cuando le entraba la vena pedagógica y derrochaba pedantería en un sinfín de consejos náuticos de los que él creía detentar la exclusiva universal.

- Desde que usted lo ordenó, comandante –respondí sin dejar de otear con los prismáticos–. Todavía no puedo ver la boya de recalada pero sí una lancha que viene en nuestra dirección. Debe ser la del práctico.

- No lo creo tan pronto. Adén, desde que se fueron los ingleses, no es lo que era.

Teníamos por la proa el puerto de Adén, capital de la República Popular del Yemen, hasta hace poco enclave estratégico en la ruta imperial británica. Puerto escogido con sabiduría por la gran talasocracia de los tiempos modernos. Es extraordinaria la similitud entre todos ellos: Suez, La Valetta, Gibraltar, Capetown, Singapur, Hong Kong, todos con excelentes condiciones púnicas. Dicen que los fenicios elegían sus puntos de apoyo marítimo valorando seguridad, defensa, fácil acceso, distancia adecuada a la siguiente escala, posibilidad de abastecimientos y el dominio de un amplio *hinterland* mercantil. Este pueblo de marinos comerciantes fue pionero en el arte de la publicidad alcanzando la maestría cuando pretendían la descalificación. Les debemos grandes leyendas del mundo antiguo y medieval como la del Mar Tenebroso

por el que, eliminada la competencia, ellos navegaban y comerciaban a placer. Todo por razones prosaicas: la máxima ganancia. Igual que los británicos dos mil años más tarde.

Adén rezuma aromas marineros. Me evocaba las escalas de las flotas del Rey Salomón en sus viajes al País de Ofir y el devaneo del enamorado rey judío con la bella Balkis, reina de Saba. ¿Quién sabe si Saba y Ofir eran el mismo país? La circunnavegación de África por fenicios al servicio del faraón Nekao que al ser descalificada por Herodoto quedó indirectamente demostrada su veracidad. El padre de los historiadores negó la autenticidad del viaje alegando la imposibilidad de observar el sol por estribor navegando hacia occidente tal como aseguraban los pilotos de la flota, lo cual era coherente con los conocimientos astronómicos de entonces, pero, una vez demostrada la esfericidad de la tierra, sabemos que los marinos púnicos decían la verdad. ¡Qué importante puede ser para la historia una nota en el Diario de Navegación! Simbad, el de los cuentos nocturnos, debió frecuentar estos mares en consonancia con el exhaustivo dominio árabe del Océano Índico en sus elegantes y prácticos veleros haciendo de sus fenómenos meteorológicos factor de seguridad para mantener líneas regulares de navegación. Los vientos monzones -monzón en árabe significa estación- permitían, con su periodicidad, el viaje a placer por este inmenso mar mediterráneo entre el sudeste de África y la costa Malabar, según nos relata Ibn Batuta, el Marco Polo del islám y bien pudo comprobar Vasco de Gama. Eso sí, había que esperar seis meses para el viaje de vuelta; pero eso carecía de importancia en aquellos tiempos. Es curiosa la contradicción entre la reserva coránica al oficio mariner que tuvo consecuencias en el Mar Mediterráneo y la gran presencia marítima del pueblo árabe en el Índico. Los grandes sultanatos árabes establecidos en sus costas y la nacionalidad del piloto contratado por Vasco de Gama en Sofala, así lo confirman. En cambio, sus grandes marinos-piratas mediterráneos eran en su mayoría de origen cristiano como los hermanos Barbarroja.

- ¡Para máquina! Allí, me avisas cuando no te gobierne el timón. Ivo, ves a la proa. ¿Supongo que el contramaestre tendrá preparada la maniobra? Ten las dos anclas apeadas. Y tú, segundo, cerciórate de que la escala de práctico está en condiciones, con el aro salvavidas; aunque esto no es Europa, nunca se sabe. En cuanto llegue el práctico, tú mismo le acompaña. ¡Ah!, y si atracamos, durante la maniobra quiero información continua sobre la hélice.

Era increíble lo minucioso que podía ser nuestro capitán durante la recalada, mientras en asuntos de disciplina aguantaba carros y carretas.

- Espero que la documentación esté toda en regla; yo me lavo las manos si pillan un tripulante con algo no manifestado. El negocio hay que dejarlo para Italia, allí se hace la vista gorda.

- Sí, comandante. Ya les avisé a todos.

El rosario de órdenes no habría dado fin de no haberse abarloado una lancha a nuestro costado; lo que me hizo correr hacia la cubierta con el tiempo justo de ofrecerle la mano al práctico en el momento de saltar sobre la regala, en un gesto mitad de ayuda mitad de bienvenida a bordo. Por el aspecto rollizo, las sandalias franciscanas y la pequeña gorra

de obrero leningradés, habría jurado que era ruso, lo que confirmé después por su acento y porque nada más llegar al puente pidió algo fuerte para beber. Fue la primera vez que oí ese principio de pueblo bebedor: «Los rusos bebemos todo aquello que es capaz de arder». Saludó al capitán con campechanía y comenzó a dar órdenes precisas para conducir el barco hasta el interior del puerto, donde quedamos fondeados con las dos anclas. Según nos informó luego el agente consignatario, la escasa mercancía con destino a este puerto se descargaría en gabarras y en menos de veinticuatro horas.

III ADÉN

El puerto bíblico

En Adén opté por ir a tierra en compañía del tercer maquinista, un jordano de credo cristiano que había iniciado su carrera en la Compañía como engrasador y, a los pocos años, con trabajo y dedicación había conseguido ganarse el puesto de tercer maquinista. En los barcos de bandera de conveniencia, sólo los títulos del capitán y del jefe de máquinas importaban administrativamente. En Aqaba, su ciudad natal, ejerció la profesión de sastre. Como buen militante arabista ostentaba en su camarote un enorme mapa del mundo árabe recargado de datos políticos y socioeconómicos. Al tener el mismo horario de guardia que yo, comíamos juntos y durante la media hora que duraba la degustación de la inevitable *pasta asciutta al dente*, es decir, dura, no cesaba de -interrogarme sobre España y su política respecto al mundo árabe. En mi pro arabismo actual tuvo mucha influencia Isa, así se llamaba, que en castellano significa Jesús. Era alegre, orgulloso, inteligente y trabajador. Estaba siempre en su sitio y era respetado por todos.

Como en este puerto árabe de régimen socialista ningún europeo estaba interesado en ir a tierra, quedé libre de guardias y, en compañía de Isa, que nunca desaprovechaba ocasión de pisar tierra árabe, saltamos a una de las lanchas que, sin respetar horarios, pasaban a recoger a los tripulantes de los barcos fondeados cuando les apetecía.

La rada era amplia y resguardada. Nada más atracar en el pequeño embarcadero nos abordó un enjambre de pequeños cicerones que desaparecieron en cuanto oyeron a Isa hablar en árabe. La austeridad marxista no había podido acabar con esta estampa tan árabe del golfillo adolescente conduciendo al turista por el vía crucis de la kashba. En otras latitudes, como en Latinoamérica, suelen valerse del subterfugio de un oficio como el de limpiabotas. En el mundo árabe no es así; el chico guía es un cicerone a pecho descubierto.

Mi preocupación por cambiar divisa me la resolvió Isa diciendo que no me preocupara, que la calle de los cambistas no estaba lejos. Esta calle, de hecho eran varios callejones, reflejaba una realidad bien distinta de las *cities* europeas con sus bancos de doble puerta; aquí, ancianos de barbas puntiagudas y complicados turbantes, se bastaban, postrados frente a grandes pilas de papel moneda de toda procedencia, para ofrecer un cambio que no era ni bueno ni malo sino todo lo contrario. La escena me sugirió los lienzos que representan la bíblica paliza del «Demagogo de Judea» a los prestamistas del templo. Continuamos nuestro paseo constatando las pocas huellas que deja el colonialismo británico en contraste con el francés o el portugués. El frío funcionario colonial del Reino Unido trabajaba en su *city* artificial refugiándose luego en cómodos clubs privados de discreta arquitectura y apartados del centro urbano. También es cierto que nunca fueron muchos y para más inri, protestantes y puritanos.

El tercer maquinista era un jordano de credo cristiano que había iniciado su carrera en la Compañía como engrasador y con trabajo y dedicación había conseguido ganarse el puesto de tercer maquinista. En estos barcos sólo el título del capitán y del jefe de máquinas interesaban administrativamente. En Accaba, su ciudad natal, había ejercido la profesión de sastre. Como buen militante arabista ostentaba en su camarote un enorme mapa del mundo árabe recargado de datos políticos y socioeconómicos. Al tener el mismo horario de guardia comíamos juntos y durante la media hora que duraba la degustación de la inevitable *pasta asciutta al dente*, es decir, dura, no cesaba de interrogarme sobre España y su política respecto al mundo árabe. En mi pro arabismo actual tuvo una gran influencia Issa, así se llamaba, que en castellano significa Jesús. Era alegre, orgulloso, inteligente y trabajador. Estaba siempre en su sitio y era respetado por todos.

La escasa animación de las calles pero, sobre todo, la protesta de nuestros metódicos estómagos marineros, nos empujó a buscar un lugar donde redimirnos de la sempiterna dieta de pastas al dente. El restaurante, amplio, coquetón y con esbeltas muchachas de largas túnicas atendiendo las mesas, recordaba tiempos presocialistas. Yo ya había apreciado la cocina árabe mediterránea y esta no desmereció excepto en presentación. Como es norma en estos restaurantes, antes de elegir menú, llenaron la mesa de multitud de pequeños platos: puré de garbanzos condimentado con especias aromáticas, verduras fermentadas, aceitunas, quesos tiernos y agrios, acompañados del pan sin levadura que hace las veces de cubierto. En una mesa musulmana no existe cubertería, por no ser necesaria y por razones religiosas. El Corán prohíbe usar intermediarios entre nuestro cuerpo y sus necesidades fisiológicas, de donde procede tanto la costumbre de comer con las manos como la de no usar papel higiénico. Me dejé aconsejar por Issa y compartimos una gallina crucificada al carbón acompañada de un arroz que sabía a gloria y a coco. Unos dátiles dulces y pegajosos me hicieron olvidar el invariable postre de lata con que nos castigaban a bordo. La bebida consistió en botellas de cerveza sin marca, tamaño *king size*, de baja calidad y a temperatura ambiente: una pena.

Mientras saboreábamos una buena infusión se nos acercó Alí, el timonel somalí, que me había parecido ver al entrar en el restaurante sentado en compañía de un grupo de jóvenes árabes.

- *Salam aleko*. ¿Cómo va la *cossa*? Os he visto al entrar.

Se expresó en un italiano correcto. A bordo simulaba no entender esta lengua con el propósito de enterarse de cuanto hablaban los oficiales del barco en su presencia creyendo no ser entendidos y el no menos sabroso de tomar el pelo **a todo italo parlante que se le pusiera cruzara** con expresiones y juegos de palabras dignos del mejor centro dramático. Su especialidad consistía en un versátil uso de la palabra italiana *cossa*, a la que podía prestar tantos matices como cabreos se pillara el italiano que le escuchara.

- ¿*Cossa* te ha parecido nuestra comida? –preguntó sonriente.

- Me encanta la cocina árabe. Pero que yo sepa, esta no es tu tierra; tú eres somalí.

- Nací en Mogadiscio, pero hice aquí mis estudios desde los diez años. Adén es mi segunda patria.
- En esa época aún estaban los ingleses. ¿No estudiarías con ellos?
- *Cossa* dices. Estudié en una madraza, escuela islámica. Adén incluso con los ingleses nunca dejó de ser un importante centro musulmán. Mi familia quería que tuviera una formación religiosa; mi padre es un buen creyente.
- Y rico, estudiar aquí debe costar mucho dinero.
- Estudiar en una madraza no es caro. Pero tienes razón, mi padre es bastante rico.
- No lo entiendo; con estudios y padre rico, no sé qué haces de marinero en un barco como el nuestro.
- Ni yo lo sé. Divertirme, tener experiencias, supongo. Nosotros amamos nuestra tierra y nuestra cultura, pero a veces nos aburre. Reconozco que a los veinte años se está mejor en Europa. ¿Pero *coffa* quiere decir eso? Nada. Se puede gozar de la vida y ser un buen musulmán. El islam es más tolerante de lo que os pensáis.
- A mí no tienes que convencerme.

A los tres se nos escapó una carcajada.

Me sorprendía oír hablar a Alí con tanta seriedad. Tendría alrededor de veinte años y una notable belleza que explotaba sin escrúpulos con cualquier chica europea ávida de experiencias exóticas. Compartía conmigo cuatro horas de guardia al timón y fui víctima, como el resto de la tripulación, de sus tomaduras de pelo. Desde el primer día opté por seguirle la corriente; lo consideré menos arriesgado.

El primer asalto tuvo lugar nada más salir de Trieste. En su comanche marinero me convenció de que como él era negro y por lo tanto idiota, y yo era blanco y por definición inteligente, aprendería mucho más rápido yo el árabe que él el italiano. Total, que me obligó a aprender la numeración en esa lengua para poder indicarle el rumbo del barco, además de una veintena de frases que consideraba básicas para la seguridad de nuestra nave. Lo haríamos tan bien, que a los pocos días los tripulantes europeos estaban convencidos de mi dominio de esa lengua. Yo, metido en juerga, les decía que era de origen magrebí como la mayoría de los españoles del sur y que mis abuelos aún usaban ese idioma. La segunda fue inmejorable: un día, durante la guardia de la tarde, poco antes de la caída del sol, me pidió por favor que me ocupara del timón. Pensé que tendría alguna necesidad apremiante. Pero no; se encasquetó en la coronilla un *cofió* -pequeño gorro ceremonial islámico-, extendió una estera en medio del puente, hizo un simulacro de abluciones y, orientado hacia La Meca, inició sus plegarias vespertinas. Yo no podía aguantar la risa; él, mirándome por el rabillo del ojo, me conminó a la compostura. "*Cossa*: eso no estar bien". "Tú no respeto Alá". "Yo no ríe cuando tú hacer cruz, *capito*". No me quedó más alternativa que el absoluto decoro. Pero la cosa no quedó ahí; pocos días más tarde, serio como siempre, sacó un segundo *cofió* del bolsillo y me invitó a compartir con él los rituales rezos de la tarde. El somalí tenía prevista mi negativa por no poder abandonar el timón y había convocado al puente al camarero sudanés que era capaz de manejar el timón en alta mar. Así que, sin coartada posible, me puse el *cofió* e imité todos los movimientos de Alí. Me convertí, sin comerlo ni beberlo, en un seguidor más del camellero de La Meca. El éxito fue tal que

media tripulación hacía cola en el puente para acompañar nuestras oraciones. Y claro, hubo que hablar del reencuentro con la religión de los antepasados y de la fuerza irresistible del islam. Los tripulantes europeos más incrédulos dejaron de dudar de mi conversión e incluso me conmovió que el carpintero del barco, un yugoslavo de Bosnia, rubio y de aspecto muy eslavo, me confesara en privado que él también era musulmán y que hasta ese momento le había avergonzado confesarlo. Con unas palmaditas en la espalda le dije con gesto de solidaridad que «no había que avergonzarse del credo de nuestros mayores». Estos números, que montaba sin ningún acuerdo previo, forjó entre nosotros una hermandad basada en la pasión por la tomadura de pelo, que luego se reforzó con otra pasión común: el póquer. Jovencísimo y muy inteligente, era capaz de tomarle el pelo a los hermanos Marx en sus mejores momentos. Practicaba una réplica brillante del humor negro: el humor del negro.

- ¿Has hablado con Solimán? –me espetó Alí.

- No; desde lo del cocinero me evita. Ni siquiera hemos coincidido en una timba. A propósito, aquel día tu comportamiento no fue muy elegante.

- ¿Qué querías que hiciera? Si me quedo a ver como le sacude lo único que gano son problemas. Gino se merecía aquella paliza. Para provocar a Solimán hay que estar a su altura o, si no, callarse. Nuestro cocinero es un pobre hombre que cree que por ser blanco y paisano del armador puede tratarnos a los morenos de cualquier forma. Vosotros no os enteráis de lo que pasa fuera de la cámara de oficiales. Los negros somos muy sensibles; olemos el racismo a la legua. Y cada uno responde a su estilo. De cualquier forma yo sabía que aquello no pasaría de una buena paliza.

- Lo de la pistola no fue muy limpio

- ¿Qué dices? Tú sabes que le hubiera machacado igual, o puede que más, sin la dichosa pistolita. Si la sacó fue para facilitarse el trabajo y para divertirse. Le encanta teneros en vilo con su famosa pistola.

- No sé, pero no me gusta nada lo que está pasando. No hemos entrado en lo peor del viaje y ya está haciendo de las suyas. Y a nadie se le ha olvidado lo que pasó en el anterior. Tú sabes que no soy puntilloso con la disciplina y entiendo como son las cosas en estos barcos. Pero a mí me acojona que haya un tío a bordo con una pistola que no sabes cuándo te la va a poner en la barriga. Creo que es un peligro a bordo y con el comandante que tenemos no veo como pararle los pies. La cosa me preocupa.

- Ya lo sé –dijo el somalí con gesto grave.

Durante unos segundos me miró a los ojos con fijeza. Moviendo el dedo índice, prosiguió en un tono que ni era su estilo ni me gustó nada.

- Y Solimán también lo sabe.

- ¿Qué quieres decir?

- Que lleves cuidado; que se huele lo que pretendes y que no le gusta. Y con un oficial nunca montaría el número de la pistolita.

- Me haces que piense en el viaje anterior.

- Piensa lo que quieras pero lleva cuidado. No me gustaría que te pasara nada.

Prosiguió, esbozando una sonrisa.

- Ya sabes que no me gusta rezar solo. *Salam aleko* –se despidió.

- *Aleko salam* –respondimos.

IV DJIBOUTI

El enclave cuartelero

Pasar de Adén a Djibouti y, por lo tanto, de Asia a África, supuso una corta travesía.

En Djibouti todo era francés: práctico, autoridades, paracaidistas, muchos paracaidistas. Es curiosa la debilidad de nuestros vecinos por esta colorista forma de jugar a la guerra. Este último enclave galo en África constituía el único superviviente colonial de la partición de la Gran Somalia entre Italia, Inglaterra y Francia. Los franceses lo denominaron territorio de los Afars y de los Issas, en correspondencia a las dos etnias que lo habitan, una de origen etíope y la otra somalí. No me hubiera extrañado que su numantino mantenimiento colonial se debiera solo para servir de cuartel a la legión extranjera y a otras unidades similares, incómodas en la metrópoli.

En este puerto todos los europeos nos aprestamos a salir a tierra al amparo de la bandera tricolor. El *tour* resultó típicamente marinero; es decir, una visita cansina a antros de pobre oferta femenina y buena cerveza alsaciana.

En un local, grande como cuartel y hasta la bandera de paracaidistas, fui testigo de una estampa típica del colonialismo africano. Una mujer negra extasiaba a una pandilla de titiriteros del aire fumando los cigarrillos que le ofrecían, mitad con la labios mitad con los genitales. Los soldados arrojaban monedas y la animaban a que hiciera servir el otro orificio. La mujer no se atrevía, seguro que por falta de garantías en el resultado. El espectáculo no me era nuevo. Había presenciado escenas tan edificantes en Barcelona y en Panamá donde una vez, al término de un numero lesbico entre madre e hija, la mamá, separando extremadamente sus labios inferiores y como fin de fiesta, nos obsequió con la publicidad del monocultivo de su país “Y esto es”, dijo: “¡El Canal de Panamá!”. En Barcelona lo protagonizaban viejas prostitutas; el caribeño era en sesión privada y a alto precio. Aquí, ni la mujer tenía el fisico arruinado y era evidente que el número no tenía nada de privado; las monedas del suelo hablaban del pago. Como era previsible, confraternizamos con los paracaidistas que se ofrecieron como guías para mostrarnos el barrio indígena de Djibouti del que dijeron ser peligrosísima su visita sin la protección adecuada. Los soldaditos se mostraban orgullosos de su experiencia bélica en ultramar.

El peligroso suburbio sólo se diferenciaba de sus homólogos africanos en que olía peor y era más oscuro, lo que no impidió que nuestros poco exigentes tripulantes se fueran perdiendo gradualmente por las chabolas, atraídos por primitivos reclamos amorosos con aroma a marihuana. Hasta nuestro capitán entró en una choza que supondría la de la reina del poblado. Al final del periplo solo nos manteníamos sobre dos pies el balcánico jefe de máquinas y yo.

El jefe de máquinas y el primer maquinista de nuestro barco formaban un binomio compensado. El jefe, un esloveno alto, espigado, calvo, titulado de escuela superior, culto y amante del ajedrez, no bajaba a la sala de máquinas ni por equivocación; decía que a él le habían contratado para aportar el título y que en la máquina de aquel *candray* no había trabajo para un hombre de sus méritos. El otro, siciliano, bajo, bruto, barrigón, peludo y maquinista práctico sólo la abandonaba para quejarse de la puerca suerte que le había tocado, la cual no era nueva en absoluto puesto que arrastraba más de quince años como responsable real de su maquinaria. Tenía problemas familiares y siempre andaba de mal humor; cuando, rara vez, se ponía contento se le notaba enseguida porque soltaba sin ton ni son la palabra «guitarra»; nadie sabía por qué. A pesar de la suma peligrosidad del barrio al día siguiente estaban a bordo sanos y salvos todos nuestros náufragos aunque, eso sí, un poco tocados por la hierba.

A partir de las Islas de Cabo Verde navegamos por zona tropical y al salir de ella, al coincidir con el verano del hemisferio sur, no lo notamos. El tiempo fue bueno a excepción de alguna pequeña borrasca en las proximidades de Cabo Buena Esperanza. Durante todo el viaje las temperaturas habían sido duras aunque soportables. Estos barcos viejos son muy abiertos y, excepto si el viento sopla de popa, es fácil, abriendo puertas y portillos, cazar las brisas que genera la marcha del buque. Algunos tripulantes instalaban ingeniosas toberas en los portillos con el fin de aumentar la ventilación interior. De ventiladores eléctricos sólo disponían los camarotes de algunos oficiales. Lo malo era que, sobre todo navegando próximos a la costa, junto a las refrescantes brisas, se nos metían a bordo nubes de voraces mosquitos africanos que hacían buenas a las inofensivas moscas marineras. La higiene a bordo dejaba todo que desear debido a la insuficiente capacidad de los tanques de agua dulce para una travesía tan larga; el agua potable estuvo racionada durante las tres cuartas partes del viaje. Las duchas se realizaban con agua salada y sólo se podía extraer con una bomba de mano el agua dulce justa para aclarar el salitre. El estado de la ropa personal y la del buque mostraba un aspecto lastimoso. Las sábanas parecían convalecientes de viruela tal era la cantidad de manchones de sangre de los mosquitos aplastados por nuestros cuerpos. Se tomaron algunas medidas para paliar los efectos del calor. Excepto para el personal de guardia la jornada laboral se redujo; se empezaba a trabajar muy temprano, con el alba, y se suspendía toda faena, sobre todo en cubierta, a partir del mediodía. A la tripulación se le suministraba ración extra de leche y limones que, según parece, era norma en la marina italiana y una reminiscencia de la dura lucha contra el escorbuto, enemigo secular del marino de altura. La alimentación también iba pareja: el cocedor de pasta que teníamos como cocinero era eso, un aceptable cocedor de pasta; al menos nadie protestaba a la hora de la comida. A mí me daban ganas pero me aguantaba. En barcos de estas características el cocinero acostumbra a ser todo un personaje; éste no lo era. Por contra, el camarero del capitán, pues al resto de oficiales tan solo les ponía el plato de comida en la mesa, era un sudanés bajito y rechoncho que se pasaba el día repartiendo y encajando bromas con un balance altamente positivo para su cuenta. Decía que él no era negro sino chocolatino y algo de razón tenía. Se lo rifaban como pareja en los campeonatos de escoba italiana que constituían el gran acontecimiento recreativo de la

travesía. También se repartían pastillas de esas que siempre andan por los botiquines de los barcos y no sirven para nada.

En Djibouti el calor se escribía con mayúsculas. Estaban próximas las deserciones de que me habían hablado. En Trieste había observado que el número de tripulantes contratados era superior al que yo creía necesario. Después me enteré que se hacía en previsión del desembarque de una gran parte de ellos por no querer o no poder resistir el viaje completo. El pasaje de vuelta por avión del repatriado le costaba al armador el módico precio de veinte dólares USA que se entregaban al poco escrupuloso galeno de cualquiera de estos puertos, en especial de Port Sudan, para que firmara el pertinente parte médico. Luego se le pasaban los gastos al asegurador londinense.

En este puerto, el primer día, nos tocó una larga jornada de trabajo en cubierta. Había que destrincar la cubertada y guarnir los puntales para la descarga. Estos trabajos que en un puerto de condiciones climáticas más benignas no hubieran supuesto más de dos horas de trabajo aquí nos ocuparon todo el día. Las altas temperaturas nos obligaban a abandonar la cubierta para evitar insolaciones y que se abrasase el acero. Tomábamos continuas duchas sin tan siquiera desvestirnos; suerte que en puerto el agua nunca faltaba. Aun así dos marineros yugoslavos sufrieron desmayos por insolación. Los negros resistían mejor el calor aunque también sufrían; se divertían observando nuestro aspecto, casi desnudos, bañados en sudor, de un humor de perros y consumiendo toneladas de agua. Por la noche, sin ninguna brisa que cazar, el interior del buque se convertía en un horno. Era curioso el espectáculo de la tripulación, sábana en bandolera, tropezando con compañeros acurrucados en los rincones más insólitos, en búsqueda sonámbula de un rincón que no ardiera para poder descansar, arrumbando por instinto hacia las zonas más altas de la nave. La madrugada nos sorprendía con los engranajes atrofiados por la humedad que nos obligaba a caminar encorvados hasta que el sol enseñaba los dientes.

La alimentación no se había adaptado al clima. Las montañas de espaguetis resbalando en las fuentes desportilladas nos eran cada día más insufribles, las bebidas rara vez alcanzaban la temperatura codiciada por nuestras gargantas, la atmósfera alrededor de la mesa perdía mínimos de compostura y despuntaban los comportamientos antisociales. Un día, el primer oficial se presentó a comer sin camisa. Enzo, el tercer oficial italiano, agarró el plato y se fue al comedor de marineros; yo, sin pensármelo, seguí su ejemplo. El asunto llegó a oídos del capitán que nos pidió explicaciones. El tercer oficial le dijo que para comer sin las más mínimas normas de corrección prefería hacerlo con la tropa. Al día siguiente, el croata se presentó en el comedor, con camisa, mal gesto y sin dirigirnos la palabra ni a Enzo ni a mí.

El calor del trópico es mucho más que una incomodidad térmica. Afecta profundamente a quien no se habitúa a él, cosa que los europeos rara vez consiguen. Despierta comportamientos extraños, alternancias de humor, estados depresivos y agresividad sin causa aparente. Sin hablar de consecuencias escatológicas como nuestras crónicas disenterías.

Aún no habíamos penetrado en el mar Rojo, del que nos faltaban cuatro puertos de escala de larga estadia antes de emprender el regreso a Europa. La dureza del viaje no había hecho más que comenzar.

V ASSAB

La ciudad prostíbulo

Dejamos la Costa de los Afars y de los Issas, es decir, de los somalíes y de los etíopes, para adentrarnos en el Mar Rojo. Atravesamos el Estrecho de Bad el Mandeb sin apenas tráfico y fondeamos ya entrada la noche en las proximidades de Assab, siguiente puerto de escala.

Este puerto de la costa eritrea fue el origen de las continuas algarabías militares que con fortuna desigual tuvieron lugar entre Italia y Etiopía y que desembocaron en su anexión al Imperio milenario del Rey de Reyes. Según parece, en el año de 1869, un mercader de Génova compró una franja de tierra alrededor de este puerto. Y así comenzó el ciclo típico del colonialismo decimonónico. El comerciante solicita ayuda a su país para defender el sacrosanto derecho al libre comercio que tantas guerras causó en esa época; tratados de mutua ayuda con vecinos parciales, en este caso el León de Judá, necesitado de salidas a la mar, que hereda la tradición de su dinastía de aliarse con potencias europeas en contra de sus vecinos, y, finalmente, la anexión al imperio colonial de la pujante potencia europea de turno, Italia en este caso. La situación actual es típicamente africana: los eritreos luchando por su independencia en doscientos frentes patrióticos y el inmortal Haile Selasie considerando esta franja costera, vital para su economía, como parte indisoluble del imperio etíope.

La leyenda del Preste Juan ocupa plaza de honor entre mis mitos de juventud. Yo había relacionado al rey-sacerdote con el Emperador de Abisinia hasta que leí el Libro de las Maravillas de Marco Polo. Las continuas referencias de este libro al Preste Juan, jefe guerrero y religioso de cristianos nestorianos aislados en la inmensas estepas asiáticas, parece que influyeron en la posterior asociación del mítico personaje y su reino con la Abisinia medieval. La confirmación de la existencia de este reducto cristiano, rodeado por vecinos islámicos, enviando embajadas en solicitud de ayuda al Papado y a las cancillerías cristianas europeas tras la caída del Egipto copto por el imparable avance de la caballería islámica y la expansión de los sultanatos sabanos, es decir, árabes del sur, por todo el sudeste africano, estimularon los contactos con los reinos occidentales principalmente con la marinera Lusitania que envió espías terrestres con objeto de preparar con rigurosidad el extraordinario periplo de Vasco de Gama. El gran navegante portugués tenía una completa documentación de lo que se encontraría a partir de Sofala gracias a los informes de Pedro de Covilhá, primer visitante portugués de aquella zona por la ruta inversa y con escala en Abisinia.

En el Mar Rojo el calor se aliaba a la humedad para agudizar su crueldad. El viento, cuando soplaba, hería con sus diminutas municiones de áspera arena. Este salitroso y pigmentado mar, de nuevo con su solitaria puerta natural, producía claustrofobia. Parecía pesar una maldición faraónica sobre sus canales artificiales con el Mediterráneo. Lo que en otros tiempos destruía la acción del desierto y la decadencia política de sus constructores, daba cuenta ahora de un plumazo una semana escasa de conflicto vecinal.

Su tráfico marítimo había quedado de nuevo reducido a los descendientes de los viajeros a los Países de Punt y Ofir y a despistados como nosotros.

Lo mejor que puede decirse del puerto de Assab es que era oscuro, sucio y maloliente, donde ratas como camellos e insectos antediluvianos saltaban a nuestra nave sin recato alguno. La lentitud de las operaciones portuarias presagiaba una larga semana de estadía, tiempo excesivo para las pocas toneladas de cargamento con este destino. Esta aparente contrariedad no sólo no preocupaba a la tripulación sino que era motivo de regocijo. La razón era simple; la oferta de exóticas jovencitas, casi niñas, de brillante piel negra y rasgos delicados, superaba nuestros sueños de célibes forzosos. El barco quedaba desierto a partir de la puesta del sol y para la marinería la fiesta no cesaba hasta el amanecer. El recuerdo que conservo de la ciudad se reduce a una calle larga y oscura ramificada en un laberinto de otras menos largas y más oscuras que parecía no tener fin. Me es difícil recordar un paraje portuario en donde el comercio de ébano femenino a *short time* no fuera la razón de ser de la población. Aunque es posible que mis recuerdos se enriquecieran con el efecto nebuloso producido por bebidas desconocidas y por los cigarrillos aromáticos que nos ofrecían; pero sobre todo por el desasosiego que me produjeron aquellas muñecas de ébano.

Por la noche salté a tierra en compañía de los oficiales italianos, dichosos de poder usar su idioma en una salida portuaria. El primer local que visitamos, atraídos por el reclamo de una mujer extremadamente gruesa que llevaba en brazos a dos niñas de escasos trece años, era de madera, como todos, edificado a poca altura del suelo, con una pequeña escalera y un amplio pórtico con baranda en donde se amontonaba la familia al acecho de feligreses. Por desgracia, una vez conseguidos, la función se realizaba en el interior de la vivienda, a puerta cerrada y a temperaturas sofocantes. Fuimos recibidos como a descubridores de los Mares del Sur. Decenas de jovencitas correataron entre nosotros ofreciéndonos cervezas tibias y abrazos sudorosos, trepando por nuestros cuerpos como niñas revoltosas que juegan impudicamente con el tío bonachón. Todas ostentaban un crucifijo al cuello e imágenes de añejos santos se intuían en las paredes. No había luz eléctrica y se servían de olorosas bujías para conseguir el ambiente adecuado. La enorme *mamasana* nos alababa el género y señalaba los cuartuchos despuertados que nos rodeaban a modo de probador de grandes almacenes. Dos maquinistas se arriesgaron al pegajoso encuentro. Regresaron a los pocos minutos resoplando pero contentos; sin duda el calor tropical es el más fiel aliado de la eyaculación precoz. Al primer maquinista le escuché por primera vez su cabalística palabra «guitarra»: bien tuvo que ir la cosa. A diferencia de los europeos, en estos prostíbulos la fiesta no decae después del primer asalto; aquí se reinicia de inmediato el ciclo de sudorosos contactos, sabedoras estas niñas sabias del poder milagroso del trópico.

Temiendo no poder resistir tan exótico erotismo me despedí, bajo la promesa de volver, ante la mirada triste de las niñas que intentaron retenerme con besos y sollozos.

Saboreaba un cigarrillo al aire sofocante de la calleja cuando a los pocos pasos se me unió el tercer oficial.

- ¿Qué te pasó, Enzo; no querías una tacada? –le pregunté ofreciéndole un cigarrillo.

- Calla, calla; hace falta mucho estómago.

Los colores subidos de ojos y mejillas le delataban.

- Tus paisanos bien lo tienen. Y no me seas hipócrita, que vi como se te iban los ojos.

- No digo que a alguna de estas morenitas, en otro sitio y después de una buena ducha...

- ¡Qué finos los nuevos italianos! Pues aquí lo tienes jodido; me da al tarro que lo que hemos dejado es el Hotel Palace del pueblo.

- ¿Y qué pasa contigo? –me interrogó con gesto torcido–. Tú también tienes que estar salido. Llevamos más de dos meses sin echar un palo. A mí no me gustan las putas, en Italia nunca fui con ninguna, pero estoy que ardo.

- Mira chico. En la mar se va de putas o no se folla. Así que tú mismo.

- ¿Y tú que eliges?

- Pues por ahora no joder –hice una pequeña pausa y encendí otro cigarrillo–. Pero no es por el decorado o porque le tenga manía a las profesionales.

- ¿Entonces qué es?

Le pasé el brazo por el hombro tratando de ser cariñoso.

- Yo qué sé hombre, cosas mías. Mira: el tufillo de estos lupanares me fascina, la proximidad de estas inocentes putitas me pone a cien; por mi gusto le sacaría brillo hasta con la mamasana. Pero al mismo tiempo, no sé, me jode compartirlas con otros. Qué quieres, soy un egoísta. Creo que lo que me gustaría es tener un harén de putas para mí solo. No admitiría en él a ninguna virgen. Exigiría que me recibieran con estilo: “chato, ¿me invitas a una copa?”, “mira que felpudo tengo para ti”.

- ¿Y tendrías eunucos guardándolas?

- Ese es el problema. Con eunucos no tendría gracia.

- Contigo nunca se sabe cuando hablas en serio.

- Yo siempre hablo en serio, Enzo. Vamos, te invito a lo que nos den en el tugurio ese, que promete.

Se dejó llevar no muy convencido. No era la primera vez que teníamos unas palabras y no me apetecía discutir con él; así que enfilé hacia un antro que se veía diferente.

Enzo tendría más o menos mis años. Era de una buena familia de Pésaro con un parentesco lejano con nuestro armador. Tenía el mismo título que yo y, al ser italiano, se le notaba a disgusto por estar debajo de mí en rango a bordo. A mí también me extrañaba pero supongo que al haber embarcado después que yo se habría notado demasiado un cambio no justificado por el título o la experiencia. Oficialmente teníamos el mismo sueldo pero me constaba que tanto él como el resto de los tripulantes italianos gozaban de una gratificación extra. Era de un nacionalismo extremado; creía a pie juntillas que Italia era el mejor país del mundo. Yo estaba de acuerdo con él, aunque no se lo decía. Entre pelea y pelea nos permitíamos treguas; hablábamos del cine italiano, de Passolini, Visconti, De Sica, que me parece que conocía peor que yo. De quien era un forofó era de Sergio Leone y de su brillante réplica del *western* americano.

Se había aprendido un vocabulario sacado de la cháchara mexicana de estas películas; creía que obrero en español se decía «peón» y que Pancho era un nombre muy popular en España. Vestía a la última moda y le encantaba la música moderna. Yo le declaraba mi pasión por Doménico Modugno y él se cabreaba, asegurando que los españoles estábamos de espaldas al mundo. Yo le respondía que tenía razón y se quedaba tan contento. Aunque un día, sin proponérmelo, le dejé mal delante de los otros oficiales. Estábamos comiendo cuando, sin ton ni son, posiblemente afectado por el calor y el mal ambiente, comenzó a meterse con España con más agresividad de lo habitual. Yo no decía ni mu y eso parecía estimularle. No sé lo que llegó a decir: que si España no se podía comparar a Italia, que si era pobre y atrasada, que si los españoles éramos una mierda que no servíamos para nada y que nunca entraríamos en el Mercado Común. Y yo comiendo y mirando al plato bajo la mirada sorprendida del resto de oficiales acostumbrados a que le entrara al trapo. El chico ya no sabía que decir para sacarme de mi mutismo. De pronto se le ocurrió la idea de invadir España. Aseguró que los españoles éramos unos cobardes y los italianos los mejores soldados del mundo que podrían invadir España y conquistarla en un abrir y cerrar de ojos. Y yo sin parar de sorber espaguetis. Y fue entonces cuando, en un derroche de imaginación bélica, aseguró: «porque sólo con nuestra escuadrilla acrobática, tomaríamos España en un periquete». Sin pensármelo, dejé los cubiertos, le miré a los ojos y le solté muy serio. «Eso sí que no, Enzo. Conquista España cuando quieras, pero con respeto; lo de la escuadrilla acrobática no te lo consiento. Como mucho, acepto que uses los *bersaglieri*.” Regresé a la pasta *sciutta* mientras los colegas, entre risotadas, le recomendaron: «Déjalo Enzo, esta vez te ha ganado el españolito». Desde aquel día fue más prudente en sus juicios sobre mi país. Y la verdad es que me supo mal porque se lo pasaba tan bien el chico metiéndose con España, conquistándola y todo eso. Era de un patriotismo a caballo entre camisa roja garibaldino y camisa negra fascista. Nos movíamos en una alternante relación de amores y odios; miento, de cariñosas disputas.

La atmósfera de nuestra siguiente estación no desmerecía. Una destartalada puerta de cañas nos introdujo, a través de un pasillo flanqueado de cuartuchos también de cañas con algún que otro pegote de barro, a un patio interior en el que un fuego mortecino presidía las sombras de oscuros parroquianos que, sentados en el suelo, semejaban oficiantes de algún ritual iniciático. Se estaba fumando fuerte; el aroma selvático de las hierbas puras flotaba con resignación sobre las cabezas. Nos invitaron a sentarnos a prudente distancia de la hoguera, rellenando un hueco del amplio círculo y nos sirvieron las sempiternas cervezas tamaño familiar. Aun siendo los únicos blancos no recibimos ningún trato especial. El corro se componía exclusivamente de hombres que eran atendidos con discreción por solícitas jóvenes vestidas y tocadas al estilo africano. No parecían ni cristianas ni musulmanas; más bien semejaban obedientes sacerdotisas de algún culto animista. De cuando en cuando arrojaban a la hoguera pequeñas piedras que, al contacto con el fuego, producían una humareda grisácea de olor religioso que me sugirieron exorcismos para alejar espíritus no amigos. Extrañamente, el fuego no aumentaba la temperatura. Tambores rústicos calentaban sus cueros al pie de la hoguera para conseguir su tañido hueco y lejano. A mi derecha nuestro hercúleo engrasador ghanés, cuya musculatura de culturista brillaba más con el trance y el resplandor de la hoguera que con el pringue de la maquinaria de nuestro barco, con pañuelo en la frente

y los ojos cerrados hacía reverencias a alguna divinidad del fuego. Me constaba que también militaba en el *Black Power* aunque a bordo observaba un comportamiento pacífico y reservado. Se comunicaba sólo en inglés y solía ejecutar orgullosas demostraciones de fuerza física cuando un trabajo lo requería.

Enzo, pálido como una estatua, tocándome el brazo con suavidad, me indicó con un gesto que mirara al frente. A través de las llamas pude ver, con el torso desnudo y brillante la estilizada musculatura como un elegante Buda sin barriga, a nuestro enigmático Sultán. Nos observó con fijeza durante un buen rato conocedor de la impresión que eso nos causaba. Sin descomponer la figura, llamó a una de las sacerdotisas y le susurró algo al oído. Al poco se nos acercó la muchacha y, sin mediar palabra, nos ofreció un gran recipiente a rebosar de un líquido lechoso y maloliente y un cigarro cónico mal liado con papel amarillo.

- Yo ni fumo ni bebo –le salió del alma a Enzo.

- Tú fumas y bebes como yo –le solté sin apartar los ojos de Solimán.

Con ambas manos el somalí elevó perezosamente su cáliz, vertió con solemnidad unas gotas en el suelo y permaneció hierático. El aspecto de la bebida me recordó viejas lecturas barojianas. Creo que era en «Los Pilotos de Altura» donde describía las borracheras rituales de los negros de la Costa de los Esclavos: «Los negros, para celebrarlo, sangraron la palma y bebieron su jugo, danzando al ritmo de sus tambores hasta caer ebrios». El viscoso brebaje sugería vendimias ancestrales hasta en las mosconas que flotaban en su superficie. Para engañarme, pensé que las consecuencias no podrían ir más allá de una cogorza ecológica. Rescaté con el dedo un par de insectos, levanté el vaso aguantando la respiración y lo escancié hasta el fondo. El sabor no me resultó desagradable y su puntito de acidez me evocó sidras caseras. Sin duda que se trataría de la savia de algún árbol tropical. Respiré profundamente y le pasé el recipiente a Enzo, que había mejorado su color marmóreo. La sacerdotisa aguardaba, paciente, dispuesta a rellenar el vasos tantas veces como requiriera la orden recibida. Mientras mi compañero tragaba quina tropical me pareció detectar en el somalí un gesto de aprobación. Yo comencé a sentir una sensación de efervescencia general, pequeñas burbujas irrumpiendo en mis poros y una humedad en los ojos que no llegaba a lágrima. Tres veces se repitió el convite; a la cuarta, con un gesto, rechacé la ronda. La muchacha no insistió. El cigarro no me preocupaba, no era más que marihuana y con no dar grandes caladas no habría nada que temer.

A Enzo me lo veía mal y mi estado no creo que fuera mejor; decidí que lo prudente era la retirada. Apunté con la mano un vago saludo, me levanté y pagué a la chica más cercana. Fue más barato de lo que me esperaba; la savia fermentada que a ritmo acelerado me estaba quemando las entrañas era un obsequio de nuestro amigo. Enzo se dejaba llevar en silencio. Nada más salir, comenzó a vomitar agarrado a la frágil puerta de cañas. Daban pánico sus convulsiones y sus vómitos. Aguantarlo y limpiarlo me ayudó a superar mi propia angustia.

Nos dirigimos a la calle principal. Entramos en un bar amplio e iluminado en donde ya se habían instalado nuestros colegas italianos. A Enzo le prepararon una infusión que mejoró considerablemente su estado; todo veneno tiene su antídoto. Yo quise saborear al completo las consecuencias de aquel brebaje que, después de los primeros ardores, me producía una somnolencia que me invitaba a no hacer nada.

El local debía ser la última parada nocturna, el refugio de juerguistas recalcitrantes. El bullicio era infernal; las gentes de mar de cada país se esforzaban en dar lo mejor de sí. Un grupo de griegos, con mujeres hasta en la coronilla, ensayaban titubeantes sirtakis; marineros nórdicos, borrachos como cubas, invitaban a peleas grotescas sin importarles color o sexo del *sparring* y los italianos pretendían, en vano, competir con los helenos en éxito femenino haciendo mucho menos gasto. La parroquia indígena observaba en silencio, al acecho de algún negocio rufianesco. Las niñas, numerosas como siempre, saltaban de grupo en grupo adaptándose con profesionalidad a los diferentes estilos. Se daba la circunstancia de haber una única mujer blanca en el salón que, sin comparación posible, era la más madura y menos agraciada y al mismo tiempo la más solicitada. Era de ver como pavoneaba su exotismo albino.

Se sentaba con nosotros un muchacho etíope que hacía a bordo la función de segundo camarero. No pasaría de los veinte años, delgado, no muy alto, de la oscuridad escasa de los de su raza y con el cabello ensortijado sumamente largo que daba la impresión de doblar el volumen de la cabeza. De carácter bastante simple, se empeñaba con tesón en acompañar a los tripulantes blancos en sus salidas en los puertos africanos. Por lo general se le daba esquinazo de forma nada diplomática pero en este puerto el chico creyó llegado el momento de hacer realidad su vocación de guía. Sintióse anfitrión por el hecho de estar en su país, insistía en hacer de intermediario ante cualquier cuestión, ya fuera el pago de una cerveza o un encuentro sexual. Nos abrumaba con advertencias y nos prevenía constantemente sobre la rapacidad de sus paisanos, con los que mantenía largas disputas. Nos apremiaba a cambiar de ambiente haciendo lujuriosas descripciones de lo que podríamos saborear si seguíamos su consejo. Tanta insistencia, pero sobre todo la derrota casi por KO en el intento de competir con los griegos, decantó a nuestros colegas hacia el paraíso prometido por nuestro camarero. Enzo y yo rechazamos el acompañarlos y pusimos proa al barco silenciosos y hechos polvo.

Al llegar a bordo el espectáculo que nos brindaba la nave parecía la imagen cinematográfica del día posterior a la gran batalla. Serían aproximadamente las dos de la madrugada y en teoría se deberían continuar las operaciones de descarga puesto que en este puerto, como en toda África, se trabajaban las veinticuatro horas del día ininterrumpidamente. La realidad era algo diferente; eso sí, cada uno en su puesto, al pie del cañón. Los guardianes, el de tierra y el del barco, dormían en idilio tropical acurrucados juntos y tan cerca de la escala real que fue preciso saltar por encima de ellos para entrar a bordo. Los maquinilleros, cuyas cabezas colgaban de las barandillas de las casamatas, abrazaban amorosamente las palancas de mando de los chigres. Las collas de estibadores semejabán infantería derrotada, con sus uniformes destrozados, despatarrados en las bodegas entre cajas, sacos y ratas, siendo difícil distinguir los muertos de los heridos. Nuestros marineros de guardia, más refinados, roncaban

tendidos boca arriba sobre los desflorados bancos de napa de la cámara de popa que prudentemente habían instalado en la toldilla. Como de costumbre una mano invisible había nacionalizado la mitad de las bombillas recién repuestas por nuestro sufrido electricista con la loable intención, sin duda, de conseguir la sintonía con la oscuridad portuaria.

VI SUEÑOS

El ancla española

Dejé a Enzo en su camarote y entré apresuradamente en el mío. Me despojé de la ropa con violencia, renunciando a la búsqueda nocturna de un lugar fresco bajo la luna y me dejé caer en las avinagradas sábanas. Nada más cerrar los ojos el nido de mosquitos en que se había convertido mi camarote desde la llegada al Mar Rojo comenzó a girar como en la más vulgar de las borracheras. Paradójicamente, no deseaba vomitar y mi estómago parecía en paz consigo mismo. El bochorno, sin embargo, que aumentó considerablemente mi transpiración, hizo de mi cuerpo una fuente de sudor agrio. Aquella noche fue la primera que me respetaron los mosquitos; quién sabe si el extraño brebaje era un remedio milagroso contra esos intermediarios de tantos males tropicales.

Con asombrosa realidad comenzaron a desfilar por mi mente las imágenes tantas veces leídas del mundo de la Trata. Danzas vertiginosas de africanos ataviados con lo más tópico de sus vestimentas sucedían a cordadas de esclavos hermanados por cadenas y grilletes y, estas, a la panorámica de negros estibados en sollados y entrepuentes con esmero profesional. La que con más obsesión se me repetía era la del «ancla española», el invento de los negreros españoles del ancla seguida en su búsqueda del fondo por eslabones humanos ante el asedio de la fragata inglesa; método expeditivo para no dejar prueba del tráfico de ébano durante la ineludible inspección de los autodenominados guardianes de la abolición.

La estampa seductora del negrero decimonónico se me representaba en los marinos de leyenda. Los barojianos Embil y Chimista, de tan desiguales fortunas; el pobre Embil obsesionado en ocultar el valioso título de piloto de altura cuando era apresado, cosa que tan menudo le sucedía y Chimista, con su buena estrella y su incierto fin sevillano, gritando ante el patíbulo «¡Eclair, Eclair, Adelante, Adelante, Hurra!», divisa guerrera del pirata negrero. El orgulloso malagueño don Pedro Blanco, señor de Bahía Gallinas, el mayor imperio negrero jamás conocido, agonizando loco en Barcelona, acompañado de su hija mulata y el rancio respeto de los hombres de la mar. El mitad francés mitad italiano Theodore Canot, negrero escritor de espeluznantes memorias. Estos bizarros protagonistas de la historia de los mares se me aparecían como simples sufridores del paro reinante en el oficio al término de las guerras napoleónicas, recalitrantes perseguidores del golpe de fortuna que les permitiera regresar como indianos adinerados al añorado pueblo costero. Un personaje metía cabeza con tenacidad entre tanto héroe; un piloto con quien navegué siendo agregado, obsesionado el hombre en ahorrar al máximo para poder abrir una zapatería; aparecía, encorbatado y mirando con orgullo las filas alineadas de sus adorados zapatos.

Mis actuales compañeros pujaban por un lugar en el ensueño. Nuestro capitán, con atuendo de *bersagliere*, dirigía maniobras milimétricamente calculadas, el jefe de máquinas propinaba jaques mates al mismísimo Capablanca en ciclópeo ajedrez humano donde peones blancos armados de gatos de nueve colas castigaban a resignados

peones negros cargados de cadenas, camino del impávido rey negro que lucía un enorme pistolón al cinto y bebía con voracidad blanquísimos brebajes efervescentes, Enzo, marmóreo como el Comendador de Zorrilla, contenía vómitos traicioneros, el primer oficial, con un disfraz entre de Pedro Blanco y Padre Blanco, lloraba remedando a San Livingstone, Alí, con *cofió* y rodeado de huríes europeas oraba por nuestra conversión, el cocinero italiano y el camarero etíope se abrazaban hermanados en el dolor y la humillación. Una inmensa partida de póquer alrededor de una hoguera unía a los nautas de ambos siglos en una orgía mercantona donde se elevaban increíbles apuestas y se requerían sin cesar enormes garrafones de cerveza a doncellas negras de llameantes cabellos rubios. Confusas frases de extraños sentidos se confundían en la atronadora algarabía de la que sobresalía la metálica voz del Sultán: «¡Bebed, bebed, ya veréis lo que os espera. Hurra, hurra...!».

A la mañana siguiente deambulé por cubierta como un sonámbulo. No sé como no sufrí ningún accidente cada vez que, con más frecuencia de la deseada, los torpes maquinilleros enredaban el alambre del amante en el tambor del chigre y era necesario aclararlo, o cuando había que modificar la posición de los puntales para continuar la descarga. Mandé a la mierda a más de un estibador que, como de costumbre, te pedían desde un cigarrillo hasta la hora; el caso era pedir algo. Se me hizo insoportable una jornada intercalada de duchas que no conseguían desprender de mi cuerpo el hedor ácido que parecía ya formar parte de mí.

La hora del almuerzo no fue peor que de costumbre. Nuestros colegas, más relajados, revivían sin recato las hazañas de la noche anterior. El camarero etíope sonreía, orgulloso de su éxito. Me sorprendió verlo tan contento; no sé por qué me rondaban malos presagios a causa de su comportamiento servil. Enzo y yo permanecíamos en silencio sin nada gratificante que comentar. Antes del postre me retiré a descansar; sin sueños, conseguí dormir de un tirón dos horas escasas que me dejaron como nuevo.

Durante el resto de la estadía en Assab adopté el prudente rol de observador curioso de la inquietante ciudad-prostíbulo.

VII LA PISTOLITA

El fondeo

El día de la salida, poco antes de largar amarras, el primer oficial se personó en el puente para informar al capitán de que habían encontrado al camarero etíope en muy mal estado, con una soberana paliza que le impedía moverse. Según dijo, se repetía la eterna historia: Solimán, la mano izquierda apuntándole con la pistola y con la otra descargando golpes sobre el infeliz muchacho, esta vez con menos miramientos. El único testigo, naturalmente, era la amedrentada víctima. El capitán ordenó al primer oficial que no comentara nada del asunto hasta salir de puerto. Yo escuché en silencio mientras ambos me miraban de reojo temiendo mi intervención.

Nada más desembarcar el práctico subí al puente y abordé al capitán que, acompañado por el primer oficial, parecía esperarme.

- Comandante, ¿qué piensa hacer?

- No lo sé. Tengo que pensarlo.

- Yo creo que no hay nada que pensar.

- ¿Qué quieres decir?

- Mire comandante; no quiero recordar ahora la historia del cocinero y mi oposición a las medidas que se tomaron, que fueron ninguna. Aquí no hay excusa por mediar una partida de póquer. Es la segunda vez en muy poco tiempo y eso sin hablar del viaje anterior. Y no me diga que no hay testigos; nunca los habrá. Creo que se debe hacer algo inmediatamente –largué de un tirón, aguantando la mirada reprobatoria de ambos.

- Vamos a ver, ¿qué propones que se haga?

- Como primera medida, hacer un fondeo en el barco para buscar la dichosa pistola.

- Eso no servirá. No se encontrará nada –dijo el yugoslavo.

- Eso servirá para que sepa Solimán de que no estamos dispuestos a aguantar más. Y tanto si encontramos como si no encontramos la pistola, hay que denunciarlo en el próximo puerto. Ese hombre no puede seguir a bordo.

- Eso acarrearía muchos problemas. No es nada fácil –afirmó el capitán.

- Que traiga los problemas que sean. Siempre será mejor que andar por el barco con miedo y tener que cerrar el camarote con llave para dormir.

- Con un oficial nunca se atrevería –aseguró el primer oficial.

- Parece mentira que digas eso; tú estabas aquí el viaje anterior.

- Fue un accidente. No se pudo demostrar nada –se precipitó a afirmar el capitán.

- ¡Joder! Otra vez con las dichosas pruebas. Nunca las habrá. Solimán es un peligro a bordo y hay que desembarcarlo. Si no lo hace usted, lo haré yo.

- Ya te guardarás tú de hacer nada sin mi autorización –me conminó levantando la voz.

- Si usted hace lo que debe de hacer yo no moveré un dedo –respondí con serenidad –. En primer lugar usar el Diario de Navegación; creo que a usted no le pondrá pegas el primer oficial.

Me despedí sintiendo en la espalda la mirada aviesa del yugoslavo.

Después del almuerzo me llamó el capitán para comunicarme la decisión de hacer una inspección a bordo y que con el resultado convocaría a Solimán para interrogarle.

Quedamos citados a las cuatro de la tarde; el fondeo lo llevaríamos a cabo el primer oficial, dos maquinistas, dos marineros, el capitán y yo. Comenzamos por los camarotes de popa y con más rigor de lo esperado. La brigada estaba compuesta exclusivamente por blancos. Los europeos estaban hartos de las cosas de Solimán pero ninguno se atrevía a hacer nada en solitario; actuando en equipo se esmeraron en el trabajo. Fueron revisados uno por uno camarotes decorados de mugre y pornografía. Montañas de comics eróticos italianos confraternizaban con las pringosas ropas de faena; Mesalina, Lucrecia Borgia y Lucifera parecían ser las musas de las sofocantes siestas de nuestra marinería. Excepto los mamparos, fuertemente atornillados, no quedó nada por remover. Donde nos llevó más tiempo la inspección fue en la cocina, pañoles y sala de máquinas. Éramos conscientes de los miles de rincones que existen en un barco para ocultar un objeto del tamaño del que buscábamos y no nos hacíamos ilusiones. El objetivo del fondeo consistía en dar un toque de atención al somalí y animar a la tripulación a acabar con aquella situación.

Pero hubo sorpresas. Se encontraron tres armas de fuego; una en el pañol de proa, otra en la sala de máquinas y la tercera en un camarote compartido por seis tripulantes que al unísono pusieron cara de bobo cuando apareció. Las tres eran diferentes: un nueve largo, un revólver de cañón corto y una pistola de calibre veintidós.

Cansados de remover objetos pesados y de deslizarnos por mugrientos recovecos nos dirigimos al salón del capitán con los inesperados trofeos. Una vez allí propuse que, a pesar del cansancio, debíamos abordar la segunda parte del plan teniendo en cuenta que por la mañana llegaríamos al siguiente puerto de escala. Convinimos en llamar al somalí e interrogarle en presencia de todos. Ante su segura negativa, el capitán sacaría una de las pistolas como prueba de lo hechos; a partir de ahí habría que improvisar.

Solimán penetró en el salón con su talante habitual. El capitán le invitó a sentarse delante de su mesa de despacho en la que se había instalado el tribunal. Abrió una carpeta, empuñó un bolígrafo, carraspeó un poco e inició el interrogatorio.

- Solimán –comenzó–. Tú sabes que poseer un arma de fuego, amenazar con ella y golpear a un compañero son delitos penados muy severamente por las leyes internacionales de la Marina Mercante.

El negro ni respondía, ni pestañeaba, ni apartaba los ojos del capitán.

- Y además, lo has hecho dos veces en este viaje. La primera vez no dije nada por mediar una partida de póquer; ese juego nunca trae nada bueno. Pero ahora es distinto, lo has hecho en frío y la víctima se encuentra en muy mal estado. Nada más llegar a Jeddah daré parte a las autoridades y tendrás que desembarcar.

El capitán se permitió una larga pausa. Lo había hecho mejor de lo que me esperaba. El Sultán rompió el silencio.

- Yo no he golpeado a nadie desde que dejé de boxear. Lo que han dicho esos es mentira; nadie puede probarlo.

- Ahí está la diferencia –el capitán estaba en vena–. Ahora hay pruebas.

- ¿Qué pruebas? –preguntó sorprendido.

- La pistola. La hemos encontrado.

El somalí no respondió aunque se le vio preocupado. El capitán abrió el cajón lateral del escritorio y puso sobre la mesa el revólver de cañón corto recién encontrado en la sala de máquinas. Al negro respondió con presteza.

- ¡Esa no es mi pistola!

Se hizo un silencio espeso. Por los portillos del salón podía escucharse el rumor de los bigotes de la proa al cortar el aceitoso mar. Solimán, consciente de su precipitación, se mordió el labio. Hasta ese momento todo había salido mejor de lo previsto. Ante un auténtico tribunal la desafortunada respuesta del Sultán hubiera constituido prueba de culpabilidad. Nuestro capitán tenía que aprovechar aquél error para acusarle. Pero se arrugó; su troteillo de *bersagliere* se paró en seco. No se atrevió a rematar la faena. Estaba transcurriendo demasiado tiempo. Me lancé.

- Si como has dicho, esa no es tu pistola –hice énfasis en el «tú»–; quiere decir que posees una pistola, aunque no sea esa.

Esperé a que el negro rompiera el silencio pero no lo hizo. El primer oficial apuntando una ligera tos se levantó en dirección a la puerta. Me volví rápido hacia el capitán, que permanecía callado.

- Comandante, para mí esto constituye una prueba evidente. Está claro que Solimán posee un arma de fuego. Lo ha reconocido delante de siete testigos. Por lo tanto, es responsable de las dos palizas.

Solimán permanecía en silencio mirándome con ojos agresivos. Consciente del error, optaba por el mutismo. El capitán no hizo más preguntas. Tampoco era necesario. Le dijo al somalí que se podía retirar. El sultán se levantó con parsimonia y se fue sin despedirse.

No pude reprimir el increpar al primer oficial.

- ¿Qué querías hacer? ¿Largarte? Aquí se levanta acta y la firmamos todos.
- Eres un imbécil –respondió casi escupiendo–. Y te la estás buscando. En estos países de negros y moros no conseguirás nunca que desembarque. Las autoridades se pasarán por el culo esos papeles que tanto te gustan. Se reirán de este tribunal de mierda. Solimán volverá a casa con nosotros hagamos lo que hagamos, ya lo verás.

- Aquí la única mierda que eres tú –me acerqué a él–. El viaje pasado desapareció un compatriota tuyo y todos sabemos cómo pudo ser.

- Escucha –el croata se me encaró con muy mal gesto–; tú eres un pipiolo en estos barcos. Tú y yo estamos aquí porque ganamos el doble que en nuestro país. La diferencia es que yo llevo diez años y tú acabas de empezar. Aquí hay que aguantar mucho. Si quieres hacer de héroe has equivocado el camino.

Las palabras del croata me pararon en seco. No era ningún cretino. Era posible que su cinismo fuera tan sólo una coraza para soportar esta forma de navegar. Le respondí contempORIZADOR.

- Yo no quiero jugar a héroe. Puede que tengas razón en mi falta de experiencia, pero estoy convencido de que arriesgamos más callando. No puedo comprender que ese individuo lleve años en la Compañía haciendo lo que hace. Que ni en Italia se le consiga desembarcar.

- En Italia no se piensa más que en ir a casa. La familia te hace olvidar el viaje. Nadie quiere perder ni un minuto en juicios y gaitas. Todos los problemas del viaje se olvidan rápidamente. Y luego, tampoco es seguro que vuelvas al mismo barco. Así que...

Habíamos pasado de los insultos a un cierto entendimiento. El capitán, que como el resto del tribunal nos había estado observando, puso fin al ya sereno diálogo.

- Señores, lo hecho, hecho está. Luego os llamaré para firmar.

VIII LA RECALADA

El camellero

Jeddah, nuestra siguiente escala, era un puerto de difícil acceso. Los bajos impedían aproximarse a la costa, baja y arenosa, de la que el radar sólo detectaba un tenue eco en la pantalla sin ningún punto destacado que poder reconocer. Durante la maniobra de aproximación el capitán nos asignó funciones. El tercer oficial era el responsable de transmitir órdenes al timón, al telégrafo y a la proa, y aún le quedaba tiempo para otear la costa con los prismáticos. El primer oficial, como observador de radar, controlaba la distancia a la costa definida por una casi imperceptible marca en la pantalla de nuestro viejo «ojo eléctrico». El capitán se empeñaba en vano en atravesar con sus prismáticos la densa calima que ocultaba la costa a aquellas horas de la tarde. A mí me correspondió el arduo trabajo de situar en la carta la mayor cantidad de rectas de altura posibles observando el sol con el sextante por la banda de babor donde un horizonte borroso permitía observaciones no muy rigurosas. Según me enteré después, en todos los viajes y a pesar de las precauciones, el barco siempre pasaba de largo sin encontrar la boya de recalada, navegando con máquina moderada hasta divisar a punta de prisma unos enormes depósitos de agua situados al noroeste de la ciudad. Entonces, se daba media vuelta y se recalaba sin dificultad junto a la diminuta boya. Aun así, nuestro capitán no quería confiar exclusivamente en la providencial ayuda y tomaba todas las precauciones posibles, cosa que a mí, tan crítico con sus exageraciones, me pareció lo correcto. Ocurrió lo esperado, nos pasamos de largo, vimos los grandes depósitos, viramos en redondo y, poco después, fondeábamos junto a la boya de espera. Por radio nos comunicaron que el práctico estaba de camino.

Le correspondió a Enzo recibir al práctico, lo que me permitió observar su llegada desde el alerón del puente. Su aspecto me hizo sonreír. En contraste con la moderna lancha en que llegó, más que un práctico de hoy día parecía un camellero de los tiempos del Profeta. No le faltaba un detalle: la impecable túnica blanca, el pañuelo blanco ceñido a la cabeza por un cordón negro y la mitad sandalias mitad babuchas enfundadas en la punta de los pies. El físico no desmerecía: nariz aguileña, barba puntiaguda, cabellos levemente ondulados. Incluso el andar sugería genéticas cabalgadas por el desierto.

Al entrar en el puente de mando estrechó la mano a todos los presentes mientras informaba al capitán de la amplia lista de idiomas en que podía expresarse. Al enterarse que nuestro medio de comunicación a bordo era el italiano, comenzó a hablar en esta lengua con fluidez haciendo gala de un gran dominio de su vocabulario náutico. Ni una sola vez recurrió a palabras inglesas, cosa que hasta nosotros solíamos hacer.

Comenzó la maniobra de virar el ancla con suma lentitud comentándole al capitán, en tanto le guiñaba un ojo, que no había ninguna prisa, que había que dejar hueco para refrescarse, al tiempo que hacía con la mano semicerrada un movimiento oscilante hacia los labios. El capitán ordenó al camarero que trajera una cerveza pero fue interrumpido socarronamente por el beduino que le explicó que la cerveza se tardaba mucho tiempo

en beber y que ya sabíamos como las gastaban en su tierra; así que era mejor algo más concentrado. El capitán, sonriendo, hizo traer una botella de whisky de su camarote. Al segundo trago, con castizas expresiones italianas, se lanzó a ponernos al día de las últimas desgracias de la familia de prácticos rivales.

En este puerto el practicaje se realiza con curiosas características gremiales. Dos familias ejercen el duopolio profesional de la dirección y asesoramiento en la entrada y salida de buques, transmitiéndose de padres a hijos trucos, conocimientos y rencores ancestrales. Las alteraciones observadas, tanto en el balizamiento del canal como en la sonda de la barra eran ocultadas deliberadamente al práctico rival y se alegraban con deleite infantil de los accidentes que sufría el otro. Ni nuestro camellero ni ninguno de los prácticos de ambas familias había navegado jamás más allá de la boya de recalada y es muy posible que no tuvieran el más mínimo deseo de hacerlo.

Mientras trasegaba whisky nos explicó su punto de vista sobre la ley seca de su país. Aseguraba que la tal prohibición coránica al consumo de alcohol no pasaba de ser una recomendación del Profeta; así que cada uno podía hacer de su capa un sayo sin por eso dejar de ser un buen creyente. Decía que los jeques de su país eran más papistas que el Papa pero que bien se ponían ciegos a fino y *chianti* en sus yates de Marbella y la Riviera.

Entre los comentarios étlico-teológicos daba órdenes precisas que parecían inspiradas en el color del agua o en un fino olfato profesional puesto que en mi vida había visto una barra y un canal tan mal señalado como aquél.

Atracamos con la ayuda de un remolcador que nos aconchó al muelle con suavidad, al muelle más limpio que jamás había visto, incluidos los más pulcros de Europa. Los emigrantes de los países islámicos menos afortunados económicamente que se ocupaban de los trabajos más serviles, tenían el puerto y, como pude comprobar después, también la ciudad, limpios como una patena.

IX JEDDAH

Supermercado islámico

El puerto de Jeddah, situado a pocos kilómetros de La Meca, es el punto de confluencia marítimo del obligatorio peregrinaje, de al menos una vez en la vida, de todo buen musulmán. Como antesala marinera de la ciudad santa atracaban a diario en sus muelles buques sobrecargados de creyentes procedentes de todos los países islámicos desde Marruecos a Indonesia; más de la mitad de la infraestructura portuaria estaba dedicada a este tráfico.

En Arabia Saudita rige la estricta prohibición no ya de consumir sino incluso de poseer bebidas alcohólicas. Se contaba a bordo el caso de un marinero que tuvo que pagar una multa desorbitada porque encontraron en su camarote una botella de cerveza abierta con dos dedos escasos de contenido. De nada valieron excusas sobre el desconocimiento de su existencia. Nada más atracar nos sellaron toda la provisión de bebidas alcohólicas y nos informaron de la prescripción rigurosa de no romper el precinto hasta muchas millas después de la salida de puerto. También estaba prohibida la pornografía, lo cual era un problema si se tiene en cuenta que una señora en bikini alcanzaba ese estatuto. En compensación se podía dejar el camarote abierto de par en par y con todas tus joyas en exposición, que nadie se atrevía a robarte ni el sueño. Lo de amputar la mano en público a los ladrones pude comprobar que no era ningún cuento.

La primera salida a tierra la hice en compañía de Issa y dos marineros palestinos. Ambos, como el jordano, andarían por los treinta años. Habían sido militantes activos de la Organización para la Liberación de Palestina; uno de ellos estaba casado con una siciliana y vivía en Italia desde que sufriera una herida en la pierna que le produjo una ligera cojera y el otro, de carácter más reposado, había dejado la militancia activa en la organización hacía poco tiempo. Los palestinos, aunque extrovertidos, rehusaban hablar de la problemática de su patria irredenta y muy en especial de la OLP. Me era grata su compañía y a ellos les hacía gracia mi relación teológica con Alí y sobre todo les constaba mi respeto por su cultura.

Cuando salíamos del barco nuestros compañeros yugoslavos disputaban un partido de fútbol en el pulcro e iluminado muelle. Al ser ciudadanos de un estado socialista les estaba vetado traspasar los límites del puerto, cosa que no parecía importarles mucho.

La ciudad se encontraba bastante cerca de los muelles que, a diferencia de otros puertos árabes, unían calles anchas y bien iluminadas. Daba la impresión de hallarse la ciudad en un boom de la construcción tal era el número de casas a medio edificar.

Desembocamos en una plaza grande próxima al mercado que permanecía abierto hasta bien entrada la noche y en donde se podía comprar de todo y a muy buen precio gracias al estatuto de puerto franco de la ciudad. El mercado consistía en un laberinto de tiendas de lona en donde se vendía desde oro y marfil trabajados y arabescos de toda factura,

hasta los tomavistas y aparatos de música japoneses más sofisticados. Toda las mercancías se amontonaban sobre los mostradores sin ninguna medida de seguridad contra robos. Durante los períodos rituales de oración, las tiendas eran abandonadas por sus propietarios que tendían unas redes sobre los valiosos objetos como única medida de precaución. El mercado quedaba al recaudo de unos pocos policías que, con indumentaria tradicional árabe, se paseaban blandiendo unas cañas de bambú largas y finas que esgrimían con suavidad contra los chiquillos que jugueteaban por el laberinto, únicos e inocentes potenciales raterillos. En una de las tiendas compré unos excelentes prismáticos alemanes con zoom, que serían la envidia de nuestro capitán y una sorpresa para mi padre.

Nos sentamos en una terraza al aire libre frecuentada por hombres envueltos en túnicas al estilo entre de senador romano y cliente de baño turco. Mis colegas me informaron que se trataba de peregrinos que purificaban cuerpo y espíritu antes de partir para La Meca. Allí aprecí por vez primera los deliciosos bocadillos de pan sin levadura rellenos de carne de cordero que era asada ensartada en grandes lonchas sobre un eje giratorio vertical y cortada por su dorada capa exterior. Se sazonaban con especias picantes y se enrollaban como papiros. Los acompañé con sabrosos zumos naturales de frutas.

En aquella plaza se respiraba una cálida atmósfera religiosa. Los romeros, con sus túnicas, transmitían un colorido singular. Observaban un comportamiento silencioso, de meditación. Posiblemente se tratara de tráfugas del bochorno de hoteles de segunda sin aire acondicionado aunque ofrecían aspecto de gente acomodada. Pregunté a mis compañeros sobre la posibilidad de visitar la Ciudad Santa.

- De ir, todas; de regresar, ninguna –respondió uno de los palestinos.
- Ya sé que está prohibido para los no creyentes; pero supongo que habrá excepciones o alguna forma de transgredir la regla.
- Sin ser musulmán nunca me atrevería a ir. Los que lo han intentado no han vuelto. Debe existir algún método para detectar infieles –concluyó Issa sonriendo.
- Disculpad, pero me parece una medida intransigente. Y el posible fin de los curiosos nada acorde con estos tiempos.
- Una prohibición es una prohibición. Hay que respetarla o atenerse a las consecuencias –remachó el jordano. Después de un pequeño repaso a los palestinos y a mí, continuó –. Pero creo que tienes algo de razón. La gran diferencia entre cristianismo e islam consiste en la falta de adaptación de éste a los nuestros tiempos por carecer de dirección con capacidad de realizar cambios. Pero tampoco olvides que no es lo mismo vivir en el desierto que en el Mediterráneo. El cristianismo, si no hubiera trasladado su cuartel general de Jerusalén a Roma, no sería tal como lo conocemos.
- El cristianismo es una religión más abierta –dije con convencimiento e impertinencia.
- Eso no es cierto. No ha habido una religión más tolerante que el islam. El monoteísmo y el libro sagrado eran las grandes obsesiones de Mohamed. El islam, a diferencia del cristianismo, gozó de un gran poder temporal desde sus primeros tiempos incluso en vida del Profeta; y sin embargo, en sus espectaculares conquistas, respetó a judíos y cristianos sin tratar de convertirlos: si creían en un sólo Dios no era necesario. Las cosas

cambiaron con la llegada de sectas fanáticas que siempre contaminan las grandes religiones. La prueba de esta tolerancia es la gran cantidad de cristianos que hay en Oriente Medio a pesar de la crispación religiosa que produjeron las Cruzadas. Incluso los turcos, mucho menos tolerantes pero también calumniados en exceso, dejaron países mayoritariamente cristianos en su retirada de los Balcanes después de dos siglos de dominación.

- En mi país se entendían ambas religiones hasta que llegaron los norteafricanos. Los españoles tendríamos que distinguir entre árabe y moro.

- Los magrebíes son pueblos beréberes arabizados. Son pueblos hermanos.

La contundente respuesta dejaba clara la opinión de Issa sobre el mundo árabe.

- Siempre me pareció curioso que las grandes religiones surgieran en desiertos y a través de hombres sencillos. Un escritor de mi país decía que como líderes religiosos los europeos Lutero, Loyola y Calvino hacían el ridículo frente a los semitas Moisés, Jesús y Mohamed.

- La inmensidad del desierto y su soledad te aproxima a la idea del creador único y omnipotente. Has nombrado precisamente a los tres grandes profetas del islam. Pocos cristianos de occidente saben que mi nombre, que significa Jesús en árabe, es muy popular entre musulmanes. Jesús fue un profeta bondadoso enviado por Alá para dar una última oportunidad al pueblo escogido, que no era el israelita como tal sino como único pueblo de continuada tradición monoteísta. El poco éxito del galileo y su intrusismo divino no le gustó, y entonces se decidió a enviar al último, al definitivo, al Sello de los Profetas, con el que no se podría bromear, ni clavar en un madero y con el que dejaría todo bien atado en un libro sagrado.

- Un libro inspirado en la Biblia.

- ¿Y por qué no? Aunque cometió el error de inspirarse más en el Antiguo que en el Nuevo Testamento y en vez de hacer un relato sencillo de hechos edificantes, le salió un texto jurídico cargado de liturgia y normas sociales para regular cualquier actividad humana, que si pretendes llevarlo a rajatabla vas apañado. Con lo de la idolatría también se le fue la mano; para erradicarla prohibió la representación de seres humanos. Y a eso se debe que nuestro pueblo no haya tenido representantes en las artes plásticas y el que en esta bendita ciudad no podamos ver una saludable película del oeste.

Issa estaba lanzado y los palestinos celebraban con sonrisas las ocurrencias teológicas del jordano. Contagiado de humor coránico, me atreví a un comentario.

- Una vez leí que los dos únicos vicios conocidos del Profeta eran las mujeres y los perfumes.

Los tres rieron.

- Eso no son vicios, hombre. Como mucho, debilidades humanas. No olvides que al islam no se le ha ocurrido elevar a su Profeta a categoría divina. Por mucho que para nosotros los cristianos tenga su gracia, un musulmán no puede entender lo de los tres dioses, la madre y la legión de santos a los que se puede rezar. En el islam se adora

únicamente a Alá y está muy claro que Mohamed es sólo su profeta. Lo que me parece coherente.

- No entiendo cómo continúas siendo cristiano –pregunté a Issa, seguro de la respuesta.
- Soy cristiano porque nací cristiano. Monoteísta y con la Biblia, según Mohamed, estoy en el buen camino.
- Me refería a que eres un buen abogado del islam.

- No se puede entender el mundo árabe sin conocer el islam. Además de que me revientan los tópicos de los cristianos de occidente sobre la cultura árabe; me parecen de una estupidez mayúscula. Sobre todo me saca de quicio que me feliciten por ser cristiano, considerándome un convertido, cuando los cristianos de oriente tenemos mucha más solera –hizo una pequeña pausa–: también es un grave error considerarnos árabes descafeinados. El islam es nuestro credo mayoritario pero no existe ninguna contradicción entre cristianismo e islamismo.

Por el extremo de la plaza vimos a Solimán paseando tranquilamente en compañía de dos jóvenes árabes uniformados. No pudimos menos que interrumpir la charla y seguirles con la mirada.

Nuestro capitán había cumplido. Nada más atracar entregó a las autoridades de emigración un informe detallado y firmado por todos los presentes en el interrogatorio a Solimán. Incluía la petición de que el somalí fuera desembarcado y repatriado a su país. Los oficiales de emigración, sin hacer preguntas, guardaron el informe y dijeron que darían contestación.

Supuse que mis compañeros no demorarían en hacer un comentario sobre el tema que constituía la comidilla del barco. Uno de los palestinos rompió el silencio.

- No le será difícil trabajarse a los oficiales de emigración.
- ¿Qué quieres decir con eso?
- Que aquí no lo vais a conseguir, en Accaba lo dudo y en Port Sudan depende de lo que esté dispuesto a pagar el capitán; allí todo tiene precio.

No supe qué decir. Ver a Solimán paseando como si tal con los oficiales de emigración, que incluso podían ser los mismos que habían despachado el barco, me dejó sin palabras. El palestino continuó en un tono que me sonó a paternal.

- Hiciste mal en meterte en ese asunto. Al fin y al cabo Solimán a ti no te había molestado ni creo que lo hubiera hecho nunca. Ahora es distinto, se siente perseguido y los tipos como él son peligrosos en esos casos.
- ¿Me vas a repetir la misma canción que el primer oficial? Está bien, me he ganado un enemigo peligroso. Pero no se puede ir por los barcos, aunque sean tan piratas como el nuestro, pistola al cinto y pegando palizas a la gente, aunque se las merezcan... Ya sé, ya sé lo que me vais a decir; que aquí venimos a ganarnos cuatro perras en paz.

- No te alteres. Lo que quiero decirte es que si tú fueras el capitán estaría bien lo que has hecho; pero eres el segundo oficial y el capitán y el primer oficial van a remolque tuyo. Y eso no funciona; te van a dejar en la estacada.
- Entonces, ¿qué tendría que haber hecho?
- Fácil, que resolvieran ellos. En estos barcos, cuando no se manda, se aguanta mientras se puede y si no se desembarca, que no es tan difícil –hizo una pausa mirándome a los ojos y continuó—. Es lo que en tu caso yo haría como máximo en Port Sudan.
- Gracias por el consejo.

Regresamos al barco en silencio. Me resultó agradable pasear por las calles iluminadas, sin alcohol en el cuerpo, ya amainado el calor y en buena compañía.

En Jeddah la vida a bordo transcurría con aburrimiento propio de puerto sin expectativa marinera. A las altas temperaturas no le venía mal la ley seca. Pasábamos el tiempo libre en actividades de patio de recreo. El capitán decretó un campeonato extraordinario de escoba italiana, los eslavos, en su destierro portuario, retaban a partidos de fútbol con prepotencia de equipo bien entrenado, los italianos se dieron al desenfreno mercantilista en los tenderetes del mercado y a los árabes, en un continuo entrar y salir del barco se les veía recatados pero en su ambiente; yo me apuntaba a todas.

El caso Solimán era la comidilla de toda la tripulación. Él, imperturbable, continuaba ejerciendo las funciones de jefe directo de los subalternos del departamento de máquinas de la forma tan eficiente que le hizo conseguir el cargo. El calderero o caldereta, nombre derivado del antiguo responsable del mantenimiento de las calderas de vapor, es un puesto clave en un barco mercante. En España yo lo había visto ejercer a viejos y experimentados engrasadores gallegos que, al igual que los contra maestres, merecían el respeto de sus compañeros por edad, seriedad y experiencia; aunque a veces también contaba el menos loable mérito del servilismo hacia el mando o la Naviera. Sobre el caldereta recaen las muchas faenas de este departamento que requieren fuerza física y habilidad manual. En nuestro barco, a pesar de que nuestros tres maquinistas eran prácticos, es decir, sin título de escuela superior pero con largos años de experiencia como engrasadores, el somalí desempeñaba el cargo con profesionalidad. Como trabajador era incansable tanto durante el viaje como en el puerto de armamento donde, ante la desbandada de los maquinistas italianos, se convertía en el brazo derecho de los inspectores de la Compañía en las reparaciones de la maquinaria del barco. Posiblemente fuera esa la razón de su permanencia en la empresa y de su buen cartel en ella, desconocedora o sorda a las historias que de él se contaban. A menudo habíamos trabajado codo con codo en cubierta tratando de contener con parches los agujeros que se abrían en las obsoletas tuberías del sistema hidráulico de las maquinillas de carga y más de una vez, de forma espontánea, me había echado su valiosa y fuerte mano en alguna complicada maniobra de atraque que de forma inexperta yo dirigía en la popa del barco. Antes de la paliza al cocinero habíamos coincidido en alguna timba de póquer compuesta por desertores de la escoba italiana, juego de cartas rey en nuestra nave, del que se celebraban dos democráticos campeonatos abiertos a toda la tripulación; uno en

el viaje de ida y otro en el de vuelta. Solía ganar la olímpica pareja compuesta por el capitán y el chocolatino camarero sudanés.

Nuestras salidas a la ciudad de Jeddah recordaban las excursiones a Andorra de donde se regresaba cargado de cosas que no necesitabas para nada pero de las que se podría presumir de su buen precio. En nuestras compras rivalizaban en popularidad el inevitable radio-cassette y el polivalente reloj de pulsera, ambos *made in* sol naciente. Yo, por primera vez en mi vida con posibles, me dejé llevar por la vorágine y compré regalos para la familia incluida una pulsera de oro para la Nuri que, quien sabe, quizás me esperara.

Las veces que acompañé a tierra a los oficiales italianos tuve que derrochar estoicismo para soportar sus quejas. No poder beber una cerveza durante unos días eran incapaces de compensarlo saboreando los exquisitos zumos de frutas naturales y el no disfrutar de un espagueti-western lo llevaban peor que el amigo Issa. Me llegaron a poner nervioso con sus mofas sobre el aspecto de los peregrinos y, excepto Enzo, se negaron a acompañarme en la degustación de los deliciosos bocadillos apapirados. Su interés se centraba en las compras. En el mercado, mantenían una expresión felina ante la ausencia de medidas contra robos; parecían barruntar: «Claro: cortándote una mano incluso en Nápoles sería esto posible». Cada vez que yo aventuraba un comentario positivo sobre algo, me espetaban: «Como tú eres medio moro, seguro que te gusta esto». Hasta que un día no pude aguantar más y les dije muy ofendido que yo de medio moro nada que yo era moro entero. Y así hasta que regresábamos a bordo felices y cargados de compras como señoras en época de grandes rebajas.

X EL SELLO

Alá es misericordioso!

Abandonamos el puerto de Jeddah el día previsto y con el somalí a bordo. A última hora el consignatario le comunicó al capitán que era imposible desembarcarlo por falta de pruebas convincentes y que, en cualquier caso, la cosa no era tan grave. Hicieron alusión a conflictos diplomáticos y no sé qué más. Total, que se lavaban las manos y el angelito continuaba viaje con nosotros.

En la maniobra de salida nos correspondió el mismo práctico que a la entrada. Es muy probable que existiera un acuerdo de reparto de trabajo entre las dos familias. El pintoresco práctico, una vez separados del muelle, quiso aprovechar la travesía del canal para saborear el néctar prohibido en su país. El capitán le dijo que no era posible por encontrarse precintado el pañol de bebidas y estar penalizado romperlo hasta llegar a alta mar. El árabe aseguró que no pasaba nada si se rompía el sello una vez desatracados y que todos los barcos lo hacían. El capitán, aunque no de muy buen grado, accedió. Y sucedió que, estando en la primera ronda, al tiempo que enfilábamos el canal de salida y se pedía media fuerza a la máquina, ésta no respondió y, haciendo el típico plaf, plaf, plaf, se paró en seco. Capitán y práctico rivalizaron en palidez. Los dos eran conscientes de que no ya el volver a atracar para una reparación sino tan sólo una pequeña demora en la salida conllevaría una visita de inspección de las autoridades portuarias que inevitablemente descubrirían el sello roto con graves consecuencias para ambos.

El capitán ordenó fondear rápidamente y, sin llamar por el teléfono interior a la máquina como solía hacer en estos casos, corrió como un loco en dirección hacia la sala de máquinas para enterarse de lo que pasaba. Yo no pude evitar reír al ver correr tras él al práctico con la túnica remangada, pareciendo que iba a perder las babuchas a cada zancada y hablando, o mejor jurando, en árabe. El binomio jefe de máquinas-primer maquinista informó de que la avería era de poco monta y quedaría reparada en quince minutos. Al capitán le salió del alma: «Santo Dios, quince minutos de máquina; dos horas entonces». Le aseguraron que esta vez los quince minutos serían de reloj. Regresó al puente sudando a mares y mirando sin cesar a través de los prismáticos por si se aproximaba alguna lancha. Había dado orden de no izar la marca de buque fondeado y no fumó en pipa para que se viera salir humo del barco porque no se le ocurrió. El práctico, haciendo gala del célebre fatalismo árabe, parecía opinar que de perdidos al río y lo mismo daba ocho que ochenta. Así que se dedicó a escanciar a marchas forzadas salmodiando entre copa y copa. A los veinte minutos escasos el alegre campanilleo del telégrafo sonó tres veces deteniéndose la aguja en la posición de atención. El capitán mandó virar de inmediato la poca cadena que teníamos largada y, sin esperar a que estuviera arriba el ancla, dio media fuerza adelante siguiendo sin pestañear el recorrido de la aguja del tacómetro que avanzó con lentitud hasta quedar fija en las revoluciones correspondientes. El jefe de máquinas se personó en el puente con la estopilla en la mano y la sonrisa en los labios con la buena nueva de que la avería estaba reparada y se podía dar toda la fuerza a la máquina. El capitán a poco rompe el sable del telégrafo al

estamparlo contra el fondo. El pobre había recuperado el color y hasta se tomó un par de copas de lo poco que había dejado el beduino que levantaba los brazos diciendo «Alá es Misericordioso».

XI EL ESTRECHO

A nosotros nos acojonaban

- ¡Alí!, llama al capitán. Le dices que estamos a tres millas del Estrecho de Tirán.

Nos encontrábamos a esa distancia de la angosta puerta del golfo de Áqaba, la pequeña lengua de mar tributaria del Mar Rojo que baña las arenas de los desiertos de Arabia y del Sinaí. En su otro extremo se encontraba nuestra próxima escala, Accaba, la única salida al mar de Jordania. En el radar se detectaban pequeños ecos a ambas bandas del estrecho que correspondían a lanchas militares israelíes y árabes que permanecían en eterna y estática amenaza. En teoría no existía peligro, pues las aguas estaban abiertas a la navegación internacional; aún así no era prudente atravesar de noche el estrecho canal cuya entrada carecía de balizaje iluminado y no era más ancha que la bocana de un puerto de dimensiones normales. El capitán había dado orden de llamarle; él resolvería.

- Buenas noches –saludó el capitán frotándose los ojos–, ¿dónde estamos?

- A una milla de la entrada, distancia radar. Acabo de moderar máquina.

- Está bien –respondió zambullido en la pantalla de radar–. ¡Cazzo! Ahí están esos –tampoco le hacían gracia los pequeños ecos–. Todo a babor y ves cantando el rumbo de diez en diez grados hasta llegar al ciento ochenta.

Alí obedeció dando varias vueltas a la rueda de cabillas hasta cantar rumbo sur. El capitán se despidió no sin antes dar las nuevas consignas.

- Mantente dando vueltas por aquí hasta que haya claridad; me llamas entonces: Con suerte aún puedo dormir dos horas. Si pasa algo anormal no dudes en avisar.

- Descuide capitán y buen descanso –respondí mecánicamente.

Me esperaban dos horas de puente en compañía de Ali. Hasta hace poco el somalí las hubiera empleado en reforzar mis conocimientos de la lengua árabe pero ahora, en cambio, ambos guardábamos un pesado silencio. Desde hacía tiempo lo veía un tanto incómodo conmigo. Por una parte era el único compatriota a bordo de Solimán, con el que mantenía buenas relaciones. Ali, aunque muy joven, tenía una fuerte personalidad y Solimán le respetaba. También era famosa a bordo la relación cordial que mantenía conmigo, rara con un oficial europeo aun en estos barcos. No parecía estar nada preocupado; más bien daba la impresión de preferir mantenerse al margen de lo que sucediera. Rompí el silencio con un comentario inocuo sobre la duración del viaje.

- Áqaba, Port Sudan y a casa. Bueno, ya me entiendes, a Italia.

- Dicho así parece corto. Yo diría mejor: un semana en Áqaba, dos semanas duras en Port Sudan y dos meses de sol y pajas hasta Italia. Total, casi tres meses.

- No seas pesimista.

Comprobé en la pantalla de radar la distancia a tierra y viré en redondo para no separarme demasiado de la entrada del canal. La maniobra nos tuvo ocupados un rato hasta ponernos de nuevo a rumbo.

- En Port Sudan tendrás mucho trabajo –dijo Alí, socarrón.

- No te entiendo.

- Escucha. Este es el tercer viaje que hago en este barco. En los dos anteriores desembarqué en ese puerto casi la mitad de la tripulación; yo creo que esa es la razón de que en este viaje solo lo escalemos una vez. A los desertores siempre los acompañaba al hospital el segundo oficial cargadito de dólares. Se pasó toda la estadía de turista en el coche del consignatario, lo que siempre es mejor que estar en este jodido barco.

- No digo que no. Una vez fui al médico con el segundo oficial, pero no para desembarcar; yo soy de los que aguantan. Tenía el pito que se me caía a pedazos. El oficial no hablaba una papa de inglés y yo me hice el tonto para ver como se las apañaba; me moría de risa viendo como le explicaba al médico por señas mi problema.

Cuando se le pasó la risa, continuó.

- ¿Sabes lo que cuesta un viaje completo de Port Sudan a casa?

Hacía rato que le veía venir.

- Veinte *franklins* –respondí.

- Exacto. Y tú los tienes, ¿no es cierto?

Ya no aguantaba más.

- No, no los tengo, para eso no los tengo. Escúchame Alí, y se lo puedes decir a tu paisano; no me pienso largar de este barco hasta que lleguemos a Italia –proseguí más tranquilo—. Cada día le tengo más miedo al Sultán, pero yo no soy de los que tiran la piedra y esconden la mano.

La pedantería del capitán al pasar el Estrecho de Tirán superó toda expectativa o quizás fuera que yo no estaba para tonterías. Lo hizo bien, pero no era para tanto; al fin y al cabo sólo se trataba de meter el barco entre dos balizas roñosas que marcaban un paso estrecho pero suficiente para un marino experto. En todas las profesiones se aprende viendo hacer bien las cosas pero a veces se agradece mucho que el maestro sea mudo. Aguanté estoicamente las insufribles explicaciones del capitán conteniendo las ganas de mandarlo a la mierda. Por suerte la lección magistral duró escasos minutos. Cuando pasábamos el Estrecho se podían ver los barquitos de guerra a ambas orillas. Aunque estuvieran en son de paz, me encontré mejor ya dentro del Golfo. Desde que la Península del Sinaí fuera ocupada por los israelitas durante la Guerra de los Seis Días estaban allí perennemente ambas flotillas observándose con recelo. Quién sabe si los soldados ya se conocían y se lanzaban cigarrillos; a nosotros nos acojonaban.

XII ÁQABA

El cul de sac

El Golfo y la ciudad de Áqaba daban una sensación de claustrofobia superior a la que se sentía en el Mar Rojo. Es curiosa la frontera artificial de algunos Estados para conseguirse un respiro marítimo. Israel y Jordania se repartían, apretujados, el *cul de sac* de este pequeño golfo; bastaba ponerse de puntillas en la jordana Áqaba para ver a la judía Eilat con toda su parafernalia militar.

Mis intentos de entablar conversación sobre la situación política en la zona y en especial sobre la cuestión palestina, obtenían sistemáticamente la respuesta de que lo mejor era dirigirse a la prensa especializada. El *septiembre negro* no quedaba lejos y las heridas aún no habrían cicatrizado. Además, nunca sabías si hablabas con un jordano o con un palestino. Hasta al mismo Isa, por lo general extrovertido, se le veía más reservado. En aquel puerto tenía a la familia, a muchos amigos y la novia le había venido a ver desde Ammán; así que estaba por otras cosas.

En este puerto el capitán volvió a plantear el caso Solimán aunque con menos confianza en el resultado. Las autoridades, al igual que en Jeddah, se comprometieron a estudiar el asunto y a dar respuesta. El somalí, con osadía, abordó a los oficiales de emigración antes de que abandonaran el barco y les acompañó un trecho por el muelle.

Yo ya había perdido toda esperanza de que desembarcara antes de Port Sudan y aun en ese puerto ya veríamos. Por lo que había oído se llevaba la palma africana en cuanto a manga ancha, pero al mismo tiempo se trataba de un país de población negra y musulmana en su inmensa mayoría; y hacía tiempo que sospechaba que una cierta solidaridad estaba funcionando.

Issa me invitó a almorzar en casa de sus padres. La familia del jordano, en España, podría haber sido catalogada de clase media baja, aunque estas comparaciones son siempre arriesgadas. Vivían en la planta baja de una casa de pisos no muy antigua. El apartamento era amplio y disponía de un pequeño patio interior. Todos, excepto un anciano que no abrió la boca, vestían a la europea. Isa me presentó a su novia, una chica agradable y algo rellenita que trabajaba como enfermera en un hospital de Amman. También era cristiana; pregunté a Isa si en su país era normal casarse entre cristianos. Con su peculiar agudeza me respondió que más que normal era natural.

El almuerzo tuvo un inconfundible sabor oriental: los deliciosos platitos de entrantes árabes desbordaron la mesa. Siguió un excelente cordero asado que se servía oculto en una hogaza de pan sin levadura sumamente caliente, a fin de conservarlo a la temperatura adecuada durante la comida. El postre consistió en moras de zarza, negras y sabrosas, que no había probado desde la niñez. La sobremesa la hicimos alrededor de una pipa árabe de mesa con filtro de agua y boquillas culebreantes que acompañamos con un achocolatado café turco.

El exquisito comportamiento de la familia hizo honor a la hospitalidad beduina, esforzándose en hablar en inglés o italiano. Cuando les solté todo mi repertorio árabe aprendido de Alí se desternillaron de risa. Primero pensé que sería por el acento pero luego sospeché que el somalí me había gastado otra de sus bromas. Nos despedimos no muy tarde pues tanto Isa como yo teníamos guardia nocturna.

XIII PORT SUDAN

Bidon ville

Partimos de Áqaba sin pena ni gloria y con tres yugoslavos menos, presuntos desertores a los que sus morriñas dálmatas impidieron llegar a Port Sudan. Nuestro pistolero, en cambio, cada día parecía más soldado a nuestra nave.

Atracamos en una oscura dársena del último puerto de nuestro periplo, puerto en el que aún nos esperaba una larga estadía. La poca mercancía que quedaba a bordo no demoraría más de tres o cuatro días en ser descargada. Después nos esperaba un cargamento completo de algodón prensado con destino a Venecia que nos supondría un mínimo de diez días para completar bodegas.

La colla de estibadores portuarios me transportó a sesiones juveniles de cine de barrio. Se componía exclusivamente de miembros de la tribu fuji-fuji, pueblo nilótico de tez clara que aparecían en las películas «Las cuatro plumas» y «Tempestad sobre el Nilo» como el terror de los complicados oficiales del Imperio Británico. Este pueblo de pastores de larga tradición guerrera, había dejado de ser la fuerza de choque del derviche de turno para dedicarse a la ingrata tarea de rellenar bodegas de barco con enormes fardos de algodón prensado. Conservaban del antiguo orgullo militar la manía superadora de cargar en cada viaje, por lo menos, una bala de algodón más que en el anterior. Se cubrían con largas túnicas de un mugriento avaricioso y preservaban la moda del cabello largo y abultado al estilo nilótico manteniendo la textura del peinado con pegotes de grasa que les suministraban nuestras generosas maquinillas de carga. Completaban el tocado con unas enormes peinetas de madera que introducían entre el espeso ramaje, supongo que para la prosaica función de rascarse. Guardaban de su glorioso pasado una cierta prestancia guerrera y como medio de vida alternaban el pastoreo, el oficio de estibador y la venta de su vetusto bagaje militar cada día más adulterado. Tenían fama de no lavarse nunca; cosa que pude apreciar haciendo junto a ellos la travesía en las pequeñas lanchas de tráfico interior que nos llevaban a la ciudad.

Alí estaba en lo cierto. No hubo día que no tuviera que acompañar al hospital a tripulantes aquejados de extrañas dolencias. Era tal el número de enfermos que renunciábamos a distinguir entre los reales, que los había, y los falsos. El procedimiento para desertar era sencillo: el tripulante que quería desembarcar comenzaba por negarse a trabajar, continuaba quejándose de que le dolía hasta el alma y acababa faltándole al respeto a todo superior en rango. Llegado a este punto, se le enviaba al hospital bajo la custodia de un oficial y el salvoconducto de veinte dólares USA. Entonces, el moribundo y el segundo oficial, o sea yo mismo, iniciábamos en el destartalado coche de la agencia una gira turística por la ciudad; porque el buen chófer de la ilustre casa consignataria, obviamente, tenía que comprar huevos, visitar a un amigo, darse una vuelta por el mercado en pos de algún negocio que requiriera transporte y mantener largas conversaciones con quien fuera, a coche parado y motor en marcha para que luego no tuviéramos que empujar, lo que era todo un detalle. Contra viento y marea, al

final siempre desembocábamos en el hospital donde un galeno manilargo, tras escuchar con gesto grave los peliagudos síntomas del agonizante, canjeaba los veinte *franklins* por la baja médica-billete todo terreno. La sencillez del procedimiento me daba confianza en la posibilidad de escapar de mi propio naufragio. Recordando el consejo de Alí y a modo de chaleco salvavidas, llevaba siempre veinte dólares en el bolsillo. Sonreía pensando en el paralelismo con la tarifa internacional de una mujer a *short time*; desde que comencé a navegar su precio estándar se había fijado, no sé por qué Cámara de Comercio Carnal, en los famosos veinte dólares USA.

En Port Sudan se extendió por nuestra nave la atmósfera propia del último puerto de un largo viaje. El Mar Rojo había ofrecido un balance compensado para el atávico gusto del hombre de mar: Adén, la sobriedad marxista; Djibouti, el antro cuartelero; Assab, un bíblico prostíbulo; Jeddah, un islámico supermercado; Áqaba, la paz amenazada; y Port Sudan, la ingenua orgía tercermundista. Quien continuaba a bordo quería un recuerdo que evocar durante los tediosos meses de mar previos al retomado diálogo familiar. Presumíamos la existencia de una vida nocturna fuera de nuestro alcance y gusto que ni siquiera buscamos y en la ciudad de cemento no encontramos nada más allá del mediocre garito del sempiterno griego con la pobre oferta femenina de ni carne ni pescado, sin la calidad europea ni la fuerza y el aroma africanos. Esto carecía de respetabilidad a ojos del marino que en sus gustos primarios exige sabores no adulterados. El hombre de mar huye del refinamiento, necesita la atmósfera cargada del antro, pero también es soñador; no quiere tapujos pero exige fantasía. En Sudamérica quedé subyugado por su grandiosa concepción de la prostitución. Espléndidas niñas de medio color, en lupanares crepusculares, creaban en el navegante la ilusión de que aún era joven y fuerte y podía hacer feliz a una adolescente; que todavía no era tan sólo un responsable padre de familia de un lejano pueblo costero.

En Port Sudan esto no existe, no es Sudamérica. Pero hay, siempre hay, alternativa. La vitalidad latina podía, sin desmerecer, tener su réplica más reposada, más añeja, más ritual, más africana. En Port Sudan teníamos *Bidon Ville*.

En la primera salida nocturna preferí compañía árabe. Después del viaje en el cayuco motorizado escoltados por las fragancias *fuji-fuji* nos dirigimos a bordo de un taxi de marca irreconocible a las afueras de la ciudad de cemento y continuamos a pie por un camino que hubiera podido ser calificado de cabras de no ser por su absoluta carencia de desniveles.

Como por arte de magia se desplegó ante nuestros ojos un abigarrado maremágnun de construcciones rudimentarias en donde los materiales más diversos se confundían bajo la presidencia del elemento rey: la lata. Este socorrido material, en su mayoría desechos de la multinacional de la concha, daba nombre apropiado al arrabal que se diferenciaba de su homólogo de Djibouti en el papel secundario de la caña y la madera en la construcción y en la atmósfera requerida por la diferente clientela. Mientras en la colonia gala los gustos cuarteleros exigían puertas abiertas y ruidosa algarabía, aquí reinaba la discreción y el silencio. Hubiera pasado por una lumpen ciudad dormitorio de no saber lo que se cocía entre sus paredes enlatadas.

Nos dirigimos a la prestigiosa casa de Fátima, que nos recibió besándonos y salmodiando el ritual *Salam Aleko*. El amplio cuarto de que se componía la vivienda estaba presidido por un enorme lecho a modo de altar iluminado por tenues bujías instaladas en lugares estratégicos. Fátima era una institución en la profesión. Mulata de árabe y negra, alta, fondona, superaba con mucho la treintena, edad que rebasaba la de una prudente jubilación por estas latitudes. Ejercía la función de *mamasana*, alternándola con la militancia directa con quien requería los favores de su madura experiencia. A una señal discreta asomaron por invisibles puertas las huríes que nuestra tropa requería. Ella, con vanidosa elegancia, se reservaba para aquel que insistiera en compartir su compañía alegando haber cumplido con creces en el oficio. Al final accedía, dichosa de seguir despertando pasiones y esmerándose de tal suerte que hacía presagiar lejana la siempre aplazada jubilación. En casa de Fátima el amor se aromatizaba de un sinfín de exquisitos detalles que sugerían una tercermundista casa de *geishas*. Las jóvenes, que podían ser sustituidas según nuestras inconscientes muestras de desaprobación, se esmeraban en masajes-caricias a las zonas más respetables de nuestro cuerpo. Por sienes, cuello y hombros resbalaban sus ágiles dedos mientras nos ofrecían dátiles y frutos secos que rodeaban las inevitables cervezas de litro. Monólogos armónicos en lengua árabe conseguían un relajante hilo musical. Los cigarrillos de marihuana me parecieron también de mejor calidad y benignas consecuencias. El amor mercenario constituía un ingrediente más de una velada que en Europa hubiera sido calificada de sórdida, pero que aquí tenía indudables connotaciones hogareñas. Mis compañeros gozaron de las complacientes huríes y me insistían en que saboreara la antesala del paraíso prometido por el Profeta. Hasta Fátima me animó a compartir su alcoba lo que, conociendo su fama, halagó mi vanidad. Rehusé zambullirme en el lecho de la mulata alegando excusas que no hirieran su amor propio.

Sabiendo del despiste de los oficiales de nuestro barco para satisfacer necesidades apremiantes, se me ocurrió organizar un «party» en honor de nuestro capitán y la oficialidad de nuestra nave. A Isa le pareció bien la idea y concertó con Fátima en organizar algo selecto.

Los días avanzaban parejos al nivel de algodón en nuestras bodegas. La atención al cargamento requería cada vez más el apoyo de los oficiales para cubrir los huecos de los desertores. El mantenimiento del barco, que se encontraba en un completo abandono, era la desesperación de nuestro buen nostromo. Teníamos órdenes del capitán de estudiar cualquier demanda de embarque. El camarero sudanés regresó de un corto permiso en Kartum con dos familiares jóvenes que pretendían emular su ejemplar carrera. Fueron enrolados inmediatamente.

Una mañana tuvimos una insólita petición. Dos medio *hippies* medio rufianes se presentaron a bordo en compañía de una agraciada y bobalicona joven rubia con la pretensión de conseguir pasaje hasta Europa para uno de ellos. Eran franceses, al parecer parisinos, que se habían montado el *tour* de África con los ingresos que les producía el prostituir a la chica explotando la demanda de mujeres europeas que existe entre las clases altas del África negra. A estos aprendices de la trata de blancas les había

ido todo a pedir de boca hasta que la rubia fuente de ingresos se encoñó con uno de ellos. Al otro no le quedó más alternativa que, con el orgullo a ras de suelo, emprender el viaje de retorno y abandonar el filón en manos de su ex socio. Nuestro capitán, sin apartar la mirada de la chica, le proporcionó el pasaje a cambio de trabajo a bordo salario incluido. El rufián aceptó y se incorporó al trabajo de inmediato, encantado de dejar de vivir de las sobras del negocio que ya no controlaba. El primer oficial intuyó los entresijos del triángulo y bautizó al “marinero” francés con el apodo de Panchito, nombre que en su peculiar sentido del humor le sugería el siervo que vive de las migajas que le arroja su patrón.

La fiesta de Fátima fue un rotundo éxito. La experta *mamasana* echó el resto sorprendiéndonos con algo muy especial. La estancia, sin perder nada de su encanto, parecía más limpia y ordenada. La oferta femenina, inmejorable, la cerveza se encontraba casi fresca y pequeños esquejes de sándalo consumiéndose lentamente conseguían una dulce atmósfera de santuario. La mesa, primorosamente servida sobre la cama con la sola separación de un mantel adamascado entre las viandas y la colcha, estaba presidida por unos pollos asados que por su color oscuro parecían grajos. Una ensalada comunitaria me hizo reír pensando en los escrúpulos gastronómicos de mis colegas. Frutos secos, aceitunas, dátiles y quesos agrios no dejaban ver el mantel. Un recipiente que contenía una salsa sumamente picante y el pan sin levadura que sustituía a la cubertería, completaban el ágape. Había también bebidas secas tradicionales que yo me negué incluso a oler escarmentado de la experiencia de Assab.

Alrededor del tálamo, unos pocos cojines de cuero reservados para los altos cargos alternaban con esteras de paja trenzada que ocultaban el suelo de tierra. La ilustre embajada estaba compuesta por el capitán, el primer oficial y el primero y segundo maquinistas; Isa y yo auxiliábamos a Fátima como anfitriones. Los invitados eran reacios a comer aunque Fátima les estimulaba simulando ofenderse por el desprecio; pero ni por esas. Yo alababa la bondad de los manjares engullendo a cuatro carrillos ante los asombrados desganados que no podían entender que no sintiera repugnancia. A mí me parecían increíbles tantos remilgos ante unos pobres cuervos purificados al fuego, mientras no tenían reparos en joder a oscuras con la primera mujer que se les pusiera a tiro. Solo conseguimos que bebieran de los licores tradicionales que a lo mejor no desmerecían ante la *grappa* adriática.

Fátima nos obsequió con una rumbosa danza del vientre que la dejó exhausta, tal fue su empeño en someter la barriga en el afán de recordar tiempos mejores. A estas alturas del programa, nuestros compañeros requirieron entrar en juegos para mayores. Isa y yo nos retiramos con discreción después de aconsejar a Fátima que cobrara un buen peaje. Fue tal el éxito que se convirtieron en clientes fijos hasta la salida del barco, lo que supuso un sabroso balance económico para nuestra amiga.

En este puerto el caso Solimán se rodeó de curiosas características. Tanto el agente consignatario como los oficiales de emigración dieron la razón en todo a nuestro

capitán, haciendo gala de un alto grado de comprensión de la gravedad de los hechos, prometiendo que se ocuparían personalmente del caso y afirmando que todo se resolvería de forma satisfactoria. Desde ese momento y con el pretexto de recabar datos o informar del proceso, siempre contábamos con algún autoinvitado a desayunar, almorzar, cenar y ver el fondo de las botellas del mueble bar de nuestro capitán, abandonando el barco cargados de paquetes de cigarrillos y de chucherías para sus pequeños. Al principio me extrañó el nulo interés de Solimán por entrar en contacto con ellos pero luego sospeché que, simplemente, no era necesario. Empezaba a presumir como acabaría la cosa y había decidido permanecer al margen. Me había hecho a la idea del viaje de retorno con el somalí a bordo.

Llegó el día de la salida. Los *fuji-fuji* danzaban a la altura de las brazolas obsesionados en cumplir la promesa hecha a ellos mismos de cargar por lo menos un fardo más que en el viaje anterior. Se afanaban a veces en lo imposible, removiendo fardos bien estibados para completar con éxito el puzzle mercantil y conseguir así su objetivo estajanovista. El contra maestre, entre juramentos, se desesperaba removiendo galeotas y encajando cuarteles con la torpe ayuda de los nuevos marineros con el fin de tener la cubierta a son de mar antes de la cercana y nocturna salida de puerto.

La documentación de salida la entregó un funcionario de segundo rango de la consignataria y el oficial de emigración era un joven que nos visitaba por primera vez. Al capitán, con buen criterio, ni se le ocurrió comentar el asunto del somalí.

A la hora de la salida el barco se encontraba hecho unos zorros. Con la precipitación y el material humano con que contábamos, habían quedado en alto los puntales de carga y sin colocar los encerados de las escotillas. El trincaje y el arranque general de la cubierta dejaba asimismo mucho que desear. Fue necesario trabajar durante varias horas, en alta mar, de noche y sin apenas luz, hasta dejar el barco en las mínimas condiciones marineras.

XIV EL ANCLA

Como una diosa marina

Habíamos dicho el definitivo adiós al mítico Mar Rojo y a sus seis sombríos puertos de los que poco o nada podríamos presumir.

En alta mar las singladuras recuperaban su monotonía. A partir del Cuerno de Africa una marejada nos familiarizó con la atmósfera de la navegación de altura. La vida a bordo transcurría con la calma de cuando se dispone de mucho tiempo por la proa hasta recalar en el próximo puerto. El calor disminuía paulatinamente conforme avanzábamos hacia el sur, al encuentro del extraño invierno del hemisferio austral. El mes de junio nos regalaba un fresco relativo que era bien recibido por nuestra gente, hartos de tres meses de insufribles temperaturas. Los europeos nos preparábamos para el encuentro con nuestro mundo; a los africanos no parecía preocuparles despedirse del suyo. Yo me refugiaba en la lectura y en alguna que otra partida de ajedrez con el jefe de máquinas; había renunciado a las timbas de póquer de las que había sido tan asiduo en el viaje de ida. Trataba de no obsesionarme con la posibilidad de un mal encuentro pero no lo conseguía; procuraba no andar solo de noche por cubierta y cerraba con llave la puerta del camarote para dormir.

Nos encontrábamos a la altura de la Islas Comores cuando, durante una somnolienta guardia nocturna en la que luchaba en vano por sintonizar Radio Exterior de España en el aparato recién comprado en Jeddah, nos sorprendió al timonel y a mí un fuerte estruendo en la proa del barco acompañado de una descarga eléctrica que recorrió zigzageante toda la cubierta. El susto me paralizó durante unos segundos. Cuando me recuperé, salté sobre el telégrafo de máquinas, agarré el sable y tras dos rápidas vueltas lo dejé en la posición de *stop*. Corrí atropelladamente por las escalas interiores del puente en dirección al camarote del capitán para informarle personalmente.

- ¡Capitán, capitán. Suba rápido al puente!

Regresé justo para observar cómo se reducían las revoluciones en el tacómetro. El capitán no tardó en irrumpir en el puente de mando medio desnudo.

- ¿Qué pasa? - preguntó alarmado.

- No se asuste comandante, pero ha pasado algo que no me explico; por eso le he llamado. He parado la máquina inmediatamente.

Le conté lo ocurrido con rapidez telegráfica. No sé por qué, pero intuí la posible causa.

- Estamos muy lejos de la costa y con un fondo de más de mil brazas. No se ha visto ningún objeto con el que hubiéramos podido batir.

Hice una pausa y propuse.

- Comandante, con su permiso voy para proa.

El capitán asintió con la cabeza. Agarré la linterna y me dirigí al castillo de proa. Al poco me comunicaba con el puente por el interfono.

- Comandante, no es demasiado grave –hablé con la voz acentuada que se usa por esos aparatos–. Tenemos colgada el ancla de estribor con sus diez grilletes. Regreso al puente.

En el puente de mando, junto al capitán, se encontraba el primer maquinista.

- Me imagino lo que ha pasado –les dije–. Con la precipitación de la salida las anclas quedaron sin embragar ni trincar, sólo con el freno apretado. La trepidación que nos produce esta marejada ha debido soltar el freno hasta dejar caer el ancla de estribor. Los doscientos metros de cadena al rozar el escobén completamente desmadrados han producido el estruendo y la descarga eléctrica que me asustó.

- Llevamos más de diez días de navegación –se quejó el capitán propinando fuertes manotazos a la mesa de derrota–. ¡Santo Dios! Ha habido tiempo de sobra para que alguien fuera a ver como estaban las anclas.

Permaneció en silencio unos instantes. Después se dirigió al puente y se situó a cruja con las piernas abiertas y la mirada fija en la proa de la nave. Con tono de iluminado nos soltó una retahíla de órdenes.

- Llamad al primer oficial, al jefe de máquinas, al contraмаestre, a todo el mundo. Y que den energía al molinete; vamos a virar el ancla.

El primer maquinista se apresuró a advertir.

- Comandante, es una locura. El molinete no aguantará el peso de los doscientos cincuenta metros de cadena. Se quemará el motor.

- ¿Y qué hacemos entonces, dejarla así, bañándose? –gritó el capitán fuera de sí.

- No lo sé, comandante. Sólo digo que el cuadro eléctrico no aguantará.

- Tú ve a la máquina y prepara todo.

Se personaron en el puente el primer oficial y el jefe de máquinas; el contraмаestre y algunos marineros se quedaron en la puerta del alerón. El capitán, sin cesar de pasear a lo ancho del puente y lanzando miradas turbias al primer oficial, informó de la situación. El croata, consciente de su plena responsabilidad, callaba. El jefe de máquinas, al saber lo que se proponía el capitán, afirmó.

- El molinete no resistirá; es mucho peso. Ya sabes que tiene dificultad para virar la cadena incluso cuando fondeamos a pocos metros.

- ¡Resistirá, tiene que resistir! ¿Qué otra cosa podemos hacer? –insistió el capitán, quizás a sí mismo, en un estado que rayaba la histeria.

En el castillo de proa, el capitán se subió a la meseta de control del molinete, agarró la palanca con ambas manos como si quisiera imprimirle energía humana y comenzó a virar. El viejo barbotén chirrió como un potrillo espoleado. Asomaron por el escobén dos eslabones completamente deformados. El enorme peso de la cadena y la presión con el escobén les habían hecho escupir los concretos de separación. El electricista yugoslavo llegó corriendo y gritando, en una mezcla de italiano y croata, que paráramos de virar, que nos estábamos cargando el motor del molinete. El jefe de máquinas, en un tono más sosegado, intentaba convencer al Viejo de que desistiera. El capitán, aferrado como un loco a la palanca de mando, no escuchaba a nadie. Aparecieron otros dos eslabones sumamente alargados por el esfuerzo soportado en ambos sentidos. Comenzó a oler a quemado. El barbotén dejó de girar. El motor estaba completamente gripado.

El contraмаestre, que tenía preparado un rollo de cable viejo pero todavía en buen estado, silenciosamente, trincó la cadena de forma exagerada atravesando el último eslabón visible con tantos cables como permitió su diámetro y haciéndolos firme después a las bitas de amarre. Regresamos a popa en pos del capitán que caminaba despacio y con el rostro desencajado.

Una vez en el puente, el capitán nos dirigió la palabra.

- Había que intentarlo aunque sólo hubiera una posibilidad entre un millón –paseaba y hablaba, más calmado -. En la mar, a veces una estupidez se compensa con otra, una miseria tapa a otra miseria. La avería del molinete me importa un carajo. Eso siempre se puede justificar; la pérdida de un ancla, con sus doscientos cincuenta metros de cadena, no. Si no lo intento en caliente no lo hubiera hecho después. Estamos como antes pero con el motor del molinete quemado... En dos horas se hará de día, nos volveremos a reunir aquí; escucharé cualquier propuesta.

Todas las propuestas se resumían en una: cortar la cadena, abandonarla y continuar viaje. El capitán se negó en redondo. Se empeñó en que se tenía que recuperar. Se descartó la opción de sustituir el motor quemado por el de otra maquinilla, pues aún en el caso de que la avería del molinete sólo consistiera en el motor, la operación hubiera supuesto un día de trabajo y el resultado era incierto. Ninguno confiaba en que nuestro viejo molinete, ni con motor de estreno, soportara el tremendo peso. Sólo quedaba una posibilidad: los puntales de carga de la bodega número uno. Se hizo una experiencia virando con uno de los puntales, sin forzarlo, con resultado negativo. Se probó con dos puntales, accionando las maquinillas al mismo tiempo, y parecía que la cadena quería moverse. Después de estas pruebas, que nos llevaron todo un día, se estableció un plan. Cortaríamos con soplete el tajamar de proa para poder virar la cadena a ras de cubierta, sin puntos de fricción y viraríamos sincronizadamente con las cuatro maquinillas de la bodega número uno. Si el resultado no era satisfactorio, cortaríamos la cadena y continuaríamos viaje.

El capitán, principal accionista de la maniobra ideada, comprobó sonriendo como la cadena avanzaba perezosamente sobre la cubierta del castillo respondiendo al tirón sincronizado de las cuatro maquinillas y con un OK esperanzador de la sala de máquinas. La cadena entraba a bordo y el cuadro eléctrico resistía. El único problema radicaba en la lentitud del proceso; un cálculo hecho en base al ritmo inicial, previendo mejorarlo cuando el peso suspendido se fuera reduciendo, dio como resultado más optimista que tardaríamos en recuperarla no menos de cinco días con toda la tripulación trabajando sin descanso de sol a sol.

Es cierto que a veces una miseria tapa a otra, pero también lo es que las desgracias siempre van acompañadas. Mientras la cadena del ancla era recuperada eslabón a eslabón y se estibaba a lo largo de la cubierta con cuidado y mucho esfuerzo, se sucedieron a bordo una larga serie de contratiempos. Parecía como si un extraño maleficio se ensañara con nuestro *candray*. El transmisor de la radio se averió, lo que nos impidió informar a la Compañía de nuestra situación; el radar, la aguja giroscópica y la sonda quedaron inoperantes y también se agotaron los compresores de las cámaras frigoríficas. Era como si toda la energía del barco se la chuparan las maquinillas de la bodega número uno.

La maniobra para recuperar el ancla no tenía nada de sencilla. Era necesaria la sincronización escrupulosa de las cuatro maquinillas para conseguir los escasos metros de cadena de cada virada que luego, con la maquinilla de la bodega número dos, había que estibar a lo largo de la cubierta para evitar que se amontonara y dificultara el siguiente lance. Como a bordo contábamos con pocos marineros con experiencia, pilotos y maquinistas tuvimos que situarnos en los puestos clave. La confusión de cables, grilletes y pastecas sobre la cubierta era tal que, con tanto novato, nos temíamos que se produjeran accidentes graves. Y en efecto; dos marineros saltaron por los aires al meter el pie inexperto entre los cables que continuamente se ponían en tensión, por fortuna, con la única consecuencia del susto y el coscorrón. El contraestre, que galopaba por cubierta en el afán de dar ejemplo, recibió en plena espalda el golpe de una pasteca que se encabritó al ser virado un cable a destiempo por un fatigado maquinillero. Fue conducido a la enfermería gimiendo de dolor.

El viento arreció de su originaria suavidad lo que, junto al empuje de la corriente, alejaba a nuestra indefensa nave en dirección SSW a una velocidad superior a los dos nudos. A mí me tocó la responsabilidad de efectuar observaciones astronómicas para controlar a diario la posición del buque.

Toda la tripulación colaboró en las monótonas faenas de engrillear, desengrillear, trincar, destrincar, aclarar los cables que se mal liaban constantemente en los tambores de las maquinillas, virar sincronizados los cuatro amantes y un sinfín de agotadoras y pesadas faenas. Se trabajaba por relevos y no se paraba ni para comer. Por la noche se continuaba con luz artificial hasta que el bajo rendimiento y el riesgo excesivo de accidentes aconsejaban suspender los trabajos.

Se sobrepasó el tiempo previsto de los cinco días pero, ya todos confiábamos en que veríamos el ancla, ya todos sentíamos un insólito respeto por ella; los sinsabores de su búsqueda nos obligaron a amarla. Ya no era solo un jodido hierro que nos tenía una semana a maltraer de sueño, heridas y recónditos cabreos. Era como la amante fea y despreciada que, al abandonarnos, de repente se idealiza y se está dispuesto a cualquier cosa por recuperarla. Ya nadie iniciaba la jornada saludando con el gesto elocuente de colocar la mano abierta en perpendicular moviéndola con suavidad sobre el otro brazo, insinuando que lo mejor era cortar.

El capitán, siempre en primera fila, con el rostro demacrado, bañado en grasa, las manos sangrantes por los pinchos de los cables, animaba y orientaba olvidada la antigua pose paternalista. Para él se trataba de una cuestión personal. En pocos días se ganó el respeto de toda la tripulación.

El ancla emergió con el ritual exigido por una diosa mitológica marina, o como un Pedro vergonzosamente crucificado boca abajo, después de una semana de lúdico abrazo a las corrientes industriosas del legendario océano. A instantes de silencio respetuoso siguieron hurras de aromas decimonónicos. Todos dirigimos la mirada al héroe que, con cara de cansancio y ojos brillantes, se recostaba en la amura. Recibió las felicitaciones con el gesto grave de un Nelson vencedor en desigual combate. Se retiró a su camarote dando quedamente la orden de preparar la máquina. Continuaríamos viaje de inmediato.

En nuestra situación era imposible el viaje directo a Europa. Arrumbamos al puerto de la Isla de Mozambique, antigua capital de la provincia portuguesa de ultramar, al objeto de enviar un telegrama a nuestra Naviera informándoles de lo sucedido y de la decisión de entrar de arribada en Durban para efectuar las reparaciones imprescindibles.

A nuestras llamadas acústicas y luminosas, únicos medios de comunicación con que contábamos, apareció una lancha a rebosar de mulatos lusitanos.

Hice de traductor en el idioma vecino ante las ceremoniosas autoridades coloniales que, con amabilidad, prometieron enviar el mensaje.

XV PORT NATAL

Les faltaba el misal y el velo

En Durban nos esperaba el consignatario con explícitas orientaciones de Lugano de acelerar al máximo las reparaciones de nuestra nave. El capitán regresó deshecho de la conversación telefónica con la Compañía; la valoración que mereció lo ocurrido a nuestro armador consistió en el cálculo contable de que ocho días de demora en el viaje resultaban más costosos que el valor del ancla y la cadena juntas. Le dieron a entender también que tanto él como el primer oficial podían buscar otra naviera donde ofrecer sus servicios. El primer oficial, principal responsable de lo sucedido, con su notable sentido práctico, ya estaba dando pasos para conseguir pasaje más o menos al estilo Port Sudan. A nuestro contraмаestre, que pudo resistir a duras penas la navegación sin moverse de la litera, única posición en la que soportaba el dolor, en la primera visita médica le detectaron tres costillas rotas. Fue repatriado inmediatamente.

Este puerto, el primero del Océano Indico en donde recalaron los navegantes europeos y capital de la provincia que aún conserva el nombre navideño con el que fue bautizado por el portugués Vasco de Gama, se nos presentaba como una perdida isla europea en nuestro periplo africano. Los negros sudafricanos, aun sin perder sus costumbres atávicas, se mostraban a nuestros ojos semejantes a los diestros y disciplinados proletarios portuarios de cualquier urbe industrial del viejo mundo. La vida en este puerto, aunque cumplía con la imposición de la separación de razas, carecía de la intransigencia *bóer*. Entre los blancos presidían los de origen británico escoltados por una amplia corte de portugueses, italianos, griegos, yugoslavos y algún que otro gallego. Todo blanco era recibido con los brazos abiertos en el afán de una ilusoria porfía demográfica. Los negros, en cambio, desde nuestra perspectiva, quedaban igualados por la tabla rasa de su color. Para los europeos constituye una máxima el que todos los asiáticos son chinos y todos los negros nada más que negros, mientras los blancos gozan de la exclusiva de la diversidad.

Me sorprendió el colorido de la vida nocturna del puerto. Los guardias de muelle hacían la vista gorda a la entrada de mujeres a bordo para lo cual sólo se requería discreción en la contratación; es decir, al ser mayoritariamente de raza negra, era necesario que las introdujeran a bordo sus homólogos de color y, en consecuencia con la política del *apartheid*, debían dedicarse exclusivamente al solaz de sus hermanos de raza. Pero lo cierto era que, una vez atravesado el portalón y mientras no se produjeran escándalos, se toleraban los encuentros mixtos.

En cuanto oscurecía, los muelles se poblaban de una rica concurrencia femenina. Las mujeres blancas eran minoritarias y se caracterizaban por su fealdad, suciedad y el mal llevado estado de embriaguez. No tenían éxito excepto con algún marinero nórdico de características similares. Las negras, por el contrario, presentaban el perfil de una dama británica de clase media. Algunas se negaban a entrar a bordo sin la debida presentación que diera respetabilidad a la visita. En nuestro barco, con la mitad de tripulantes de

color, no teníamos problemas; Allí y el camarero sudanés ejercieron a la perfección como «Pilotos de Barra».

La misma noche de nuestra llegada una delicada *troupe* de damiselas se asomó a nuestra cámara a la hora de la cena. Fueron presentadas por el camarero sudanés como señoritas que deseaban visitar el barco y compartir la velada con los oficiales italianos. Se las recibió y obsequió como a damas de alta sociedad exigiendo un plato en la mesa para tan grata visita. Simulando timidez, degustaron los escurridizos *espaguetis*, sonriendo sofocadas a las atenciones de nuestros marinos. El aspecto de las mujeres era digno de un pincel de buen pulso y el atuendo lo más alejado que se pueda pensar del de la buscona europea; en un derroche de imaginación se podía decir que sólo les faltaba el misal y el velo. Se trataba por lo general de chicas más bien regordetas. Tacones altos, medias oscuras y brillantes bolsos de plástico componían el uniforme. El maquillaje, delicadísimo, consistía en tonos carmesíes en labios, pómulos y ojos que contrastaban con la absoluta negritud. Dientes de anuncio e impecables permanentes de suaves ondulados daban el toque final. Del tocado era evidente su naturaleza artificial. Luego me enteré que se trataba de señoritas de segunda categoría; las de primera no pasaban del camarote del Capitán y las de tercera eran para la tropa.

La visita supuso un buen pretexto para beber. El vino picado del barco fue sustituido por bebidas más finas; botellines de cerveza y whisky escocés cubrieron el mantel con generosidad. El alcohol colaboró en una vorágine de chistes gruesos y juegos de manos. La escena, que en un principio había apuntado cierta estética, iba ganando en mal gusto. Decidí largarme.

Enfilé la cubierta sin deshacerme del vaso de whisky. Había bebido bastante; hacía días que bebía. Me sorprendió no poder apartar de la mente a las pobres busconas. Me asustaba que aquellos cromos me atrajeran. La pobre impresión que a primera vista me causaran se había convertido en un fuerte deseo. Quería pensar que se debía al alcohol y a los largos meses de abstinencia sexual. No era la primera vez que resolvía estas cosas con una buena borrachera. Entré en el camarote y rellené el vaso de whisky.

El camarote se me cayó encima y la soledad no me resolvió nada. Volvía a rellenar el vaso cuando asomó Enzo por la puerta también con signos evidentes de haberle dado al frasco. Me dijo que en el salón del capitán se estaba montando una buena. El Viejo había agarrado una cogerza monumental, estaba pesadísimo y había dos bombones que estaban a punto de largarse por no soportar sus bufonadas. Me lanzó un SOS; se había encaprichado de una de ellas que se las piraría si no le encontraba compañía no muy tocada para su amiga. Enarbolé el vaso de whisky. Respondió que no se podía comparar mi estado con lo que había arriba. Deseándolo en el fondo, me dejé conducir hacia la orgía mercantona.

XVI LA ORGÍA MERCANTONA

¡Hombre de la Castilla!

En el salón del capitán, éste, el primer oficial, el jefe de máquinas y los oficiales de un barco italiano atracado junto al nuestro se encontraban en el clímax de una juerga borrascosa. Todos estaban muy borrachos pero al que más se le notaba era a nuestro capitán. Ejecutaba pasos de baile, descorchaba botellas y servía rondas con el despilfarro propio del borrachín nórdico. Pellizcaba y sobaba a las chicas con éxito desigual. Nada más verme me gritó en un horrible trabalenguas.

- ¡Hombre de la Castilla! Pasa, joder; te presento a la flor y nata del Africa Austral. Míralas pero no me las toques, son para mí; esta noche me las follo todas.
- Que le aproveche –le deseé mientras me servía un whisky con mucho hielo aprovechando que en el camarote del capitán había de todo.
- No bebas de eso, hombre –dijo con voz pastosa–. Esta noche sólo se bebe *champagne* italiano, espumante de Asti.
- En Cataluña no nos gusta ni el francés. Tenemos en mejor *champagne* del mundo - afirmé, compitiendo con él en el extravío de la lengua.
- Los catalanes sois una mierda de españoles –soltó entre irónico y hostil.
- Es verdad; a veces somos hasta una mierda de catalanes.
- Sobre todo tú, que ni siquiera eres catalán; tú sólo eres un *terrone* de mierda.
- Tiene razón, comandante –respondí con mala baba–. Sólo que a mí no me ha hecho falta cambiar de nacionalidad.

Me clavó los ojos con la mirada turbia y sanguinolenta de los borrachos. Le había tocado su punto flaco. Le sacaba de quicio que le mentaran su origen eslavo, a él, que hacía gala de ser más italiano que Garibaldi.

- Tienes razón. No soy ni italiano ni marino. Un comandante que pierde una semana por un hierro asqueroso no merece ese nombre.

Los ojos le brillaban y la mandíbula aceleró el castañeteo. Sentí remordimientos. De súbito le atacó una risa histérica.

- Pero como borracho no lo hago mal, ¿no te parece? Tengamos la fiesta en paz. Siéntate con este bombón, a ver si a ti te deja que le metas mano. Cuidado, que tiene mal genio.

Me agarró por el cuello y, a empujones, me sentó junto a una de las muchachas.

El panorama femenino del salón del capitán era otra cosa. Seis o siete jóvenes negras, delgadas, elegantes, muy bonitas y vestidas de forma desenfadada, participaban en la fiesta con interés desigual. Mientras la mayoría reían las gracias y encajaban los envites de nuestro capitán y sus huéspedes, dos de ellas daban muestras de encontrarse

incómodas. El único denominador común con las otras visitadoras consistía en el color de la piel y en las inevitables pelucas postizas.

En mi “pichingulis” de barco inicié la charla con la negrita de mal genio que, con diferencia, era la que ostentaba el morro más torcido.

- ¿Estudias o trabajas? –pregunté estúpidamente.
- Trabajo de enfermera en un hospital –me pareció entender.
- Entonces somos colegas. Yo aquí soy el que les pone las inyecciones a los que cogen purgaciones. Lo hago muy bien, sabes. Mira, hago una cruz en la cacha –me giré señalizándome el trasero–. Aquí no, aquí no, aquí no; aquí. Nunca fallo.

Me pareció intuir una sonrisa en los labios de la chica.

Enzo, que llevaba tiempo enroscado a la amiga, me lanzaba miradas preocupadas. Le dije que tranquilo, que me portaría bien. Dado cabo del whisky, me levanté a por otro.

- ¿Quieres beber algo? –le pregunté a la morenita.
- No gracias, no bebo.
- Bebe *champagne* italiano, mujer. No te hará nada, es como gaseosa.

Hice el comentario en voz alta para que me oyera el capitán. Me gusta provocar a quien aprecio y a nuestro capitán borrachín y pierdehierros le estaba tomando cariño.

- *Porco spagnolo* –gritó riendo y abrazando a dos negritas a la vez.

XVII FÚTBOL

Non te piace il calcio?

Un griterío procedente de la cubierta del barco interrumpió achuchones y tragos. Sonaba a mezcla de llantos y algarabía de espectáculo deportivo. Pensando la posibilidad de una redada de la policía, abandonamos el salón precipitadamente. Desde la cubierta de paseo observamos que en nuestro candray, entre las bodegas tres y cuatro, que correspondiente ía al espacio entre el puente y los alojamientos de popa, se estaba celebrando un curioso partido de fútbol. Los maquinistas y algunos marineros europeos, en paños menores y soberbias borracheras, disputaban oscuros y ondulados esféricos con la agresividad requerida por el deporte rey. A popa, junto a las barandillas y también casi desnudas, las otrora bien tratadas damiselas, lloraban, gritaban y alargaban los brazos en implorantes y vanos esfuerzos por recuperar los pisoteados balones. Lucían cabezas rapadas y afechinadas que daban la imagen fea e indefensa de la desnudez. A mi lado, la enfermera, con una mano recogiendo el pecho de la blusa en mecánica protección contra el frío y la otra mano en la cabeza, en gesto instintivo de defensa del tocado artificial, temblaba de pies a cabeza.

Bajé las escalas a paso lento y avancé hasta plantarme en medio de los deportistas. Me agaché a coger una peluca en el instante mismo en que nuestro segundo maquinista se disponía a lanzarla contra las redes. Con la presa entre su pie y mis manos, me levantó en vilo cogido por el cuello de la camisa. El hombre pesaba más de cien quilos, gran parte de ellos concentrados en la inmensa barriga.

- *¿Cosa c'e. Non ti piace il calcio?* –escupió.

- *¡Porco Dio!* O me sueltas o os denuncio a la policía. Y ya sabes como las gastan aquí –le solté remachando cada palabra. Me miró durante un rato a los ojos mascullando algo entre dientes. Me soltó con aire de perdonavidas y se dirigió a los jugadores en el tono del *mister* que decide el final del entrenamiento.

- *Ragazzi, la partita é finita. Andiamo via..*

Regresaron a los alojamientos de popa con andares cansinos y disciplinados.

Fui recogiendo uno por uno los maltrechos guiñapos. No sabía qué hacer con ellos. Sin darme cuenta, Alí me los arrebató de las con suavidad. Se encontraban en estado irrecuperable pero quizás habían adquirido la categoría de reliquia que se desea conservar.

Al abandonar la cubierta, entre las neblinas producidas por el alcohol y la turbación del incidente, me pareció ver la silueta de Solimán sentado en la alta barandilla de la popa.

XVIII ÉBANO

Zulú como tú!

Entré en el camarote y me tendí en la cama. Encendí un cigarrillo. Sentía un áspero sabor de boca que en vano pretendía atenuar con profundas bocanadas de humo. Me exasperaba no haber superado el hambre de hembra. El espectáculo de las negras, llorosas, desnudas e indefensas, me había despertado turbios deseos. Pensé en los futbolistas; posiblemente fueran menos hipócritas que yo.

Trataba sin fruto de alejar estas cavilaciones cuando advertí una sombra que, desde la puerta, en silencio y pegada al mamparo, se deslizó dentro del camarote y se sentó en la esquina del pequeño sofá. Me incorporé de un salto y pude ver a la pluriempleada enfermera, visitadora nocturna de barcos, recogida y con sonrisa temblorosa. Intenté decirle algo pero no me salió nada. Le tendí la mano y se agarró a ella. La atraje al lecho; se dejó llevar. Se acurrucó en la pequeña litera refugiándose contra el mamparo. Cerré la puerta del camarote de un puntapié.

La desnudé en un santiamén sin que opusiera resistencia. Recordé los versos lorquianos. Era evidente que no tenía delante una potra de nácar; por primera vez en mi vida tenía entre mis brazos a una mujer negra. El ébano se me reveló de un atractivo cegador. Me dolía que fuera la víctima de largos meses de estéril castidad. No fui delicado. Sólo respeté la cabeza. Hacía esfuerzos por no dejarme arrastrar por el deseo salvaje de agarrar los cabellos de la mujer montada. Creí percibir una tibia autorización. Me horrorizó sólo pensarlo.

Cuando no pudimos amarnos más, la enfermera, sosegada y riendo, me susurró al oído:

- Quiero un hijo tuyo.

Me produjo una risa incontenible; me superaba.

- ¿Un hijo zulú? –interrogué a carcajadas.

Con una risa desatada, asintió.

- Sí. Zulú como tú.

XIX EL HOMBRE DE BURGOS

Hola

Dormitaba la doble resaca cuando sentí golpear la puerta del camarote. El reloj marcaba poco menos de las diez de la mañana. Me pareció raro que llamaran a esas horas en día festivo. La enfermera semejaba una niña dormijosa acurrucada en posición fetal. Legañoso y irritado me enfundé los pantalones y entreabrí la puerta.

- Hola. Buenos días –escuché.

Me pareció que el saludo había sido en castellano pero, entre la resaca que atacaba de plano y tanto tiempo hablando en un idioma tan afín, no estaba seguro.

- Bon giorno –respondí en italiano– ¿Cossa ce?

- Me dijeron que aquí había un tripulante español pero veo que llego en mal momento. Disculpe, adiós.

Se expresaba en lengua castellana y con una dulzura extraña. Le atajé.

- No te vayas, yo soy español. Perdona, pero me has pillado dormido.

Abrí la puerta del camarote y le invité a entrar. Al ver la cruz de su solapa en un impulso inconsciente me apresuré a cerrar la cortinita de la litera. Él se dio cuenta y sonrió. Se sentó a la esquina del pequeño sofá. Andaría por los treinta y cinco años, más bien bajito, de entradas pronunciadas y fina barba. Vestía con la despreocupación propia de los misioneros vocacionales. Me puse la camisa y en el pequeño lavabo del camarote me monté un aseo rápido. Comenzó a hablar en un tono inconfundible.

- Como te habrás dado cuenta, soy sacerdote. En África nos llaman misioneros –señaló la cruz con una sonrisa–. No te asustes; esto me abre muchas puertas y me aprovecho. Estoy en el Stella Maris y los domingos, después de decir misa, me aburro. Por allí no pasa nadie antes del mediodía. Acostumbro a dar un paseo por el puerto. Me dijeron que en este barco había un español y me decidí a entrar. Pero veo que no he sido oportuno; no te preocupes que ya me voy –hizo ademán de levantarse.

- No, no, no molestas en absoluto –le detuve mientras trataba de cegar los huecos de la cortina–. ¿Quieres tomar algo?

- No te molestes.

- No es ninguna molestia; te puedo ofrecer un café –le propuse soñando con uno.

- La verdad es que agradecería una taza de café.

El cura no renunciaba a pegar la hebra.

- Yo estaba pensando en lo mismo. Además, es la hora; bueno, teniendo en cuenta que es domingo.

Resolví ir en busca de los cafés pero me detuve en la puerta del camarote; no me parecía bien dejarlo solo con la muchacha desnuda en la cama. El hombre lanzó un par de miradas a la cortina pero no me pareció verlo incómodo; más bien divertido. Vi al camarero sudanés que acarreaba una caja inmensa con los restos de la farra del capitán. En estos barcos, el camarero no está obligado a hacer servicios extras a oficiales de poco rango. Le pedí con timidez temiendo la negativa.

- Mussa, te agradecería dos cafés. Mejor tres –rectifiqué.

Asintió con la cabeza; o le había pillado en un buen momento o lo consideraba parte del servicio del «practicaje» de las morenitas.

No sé cómo, pero apareció casi de inmediato con tres tazas humeantes del típico y laxante café de barco. Me sentó de maravilla y al cura también parece que le agradó. Ambos miramos hacia la tercera taza; me arrepentí de haberla pedido. Me sorprendieron sus palabras.

- ¿Si está despierta, por qué no se lo ofreces? –propuso con sonrisa burlona. Parecía pasarlo bomba con mi azoramiento—. En África, los curas no nos escandalizamos por estas cosas –dijo señalando a la cortina.

- ¿Llevas mucho tiempo sin ir por España? –le pregunté por cambiar de tema.

- Diez años.

- ¡Joder! Eso es peor que lo nuestro. Yo llevo solo unos meses y ya me parece mucho. ¿Has estado en Durban todo ese tiempo?

- No, acabo de llegar. No llevo ni un mes en Durban.

Se tomó una pausa. No hizo falta preguntar.

- Aquí estoy de paso hasta que me manden a otro sitio. Estos diez años los he pasado en Mozambique, la provincia portuguesa de ultramar.

Esto último lo recalcó como con ironía.

- En este viaje fondeamos junto a la Isla de Mozambique para pasar un telegrama. Vinieron a bordo las autoridades, muy correctas por cierto. Casi todos eran mulatos; me dio la impresión de estar en una especie de Brasil.

- Sí, ese es el proyecto; más bien el sueño.

- ¿Qué quieres decir?

- Que en Brasil a los negros los llevaron. Aquí están en su casa.

Hablaba forzado; parecía no querer tocar ese tema. Sentí un barullo a mi espalda. La enfermera se había despertado.

- Tenemos visita –dijo el cura con sorna–. Mejor me voy.

Por entre los huecos de la cortina, había visto que la chica estaba vestida. Respondí sorna con sorna.

- ¿No decías que no te asustaban estas cosas?

Se volvió a sentar con sonrisa de empate. Ayudé a bajar a la chica y le ofrecí el ya tibio café. Masculló un saludo en inglés y bebió con los ojos fijos en el crucifijo del misionero. Fue la primera vez que advertí el profundo respeto que sienten los africanos por los religiosos. Nos dejó con el pretexto de asearse y buscar a su amiga.

- Es enfermera –dije con expresión estúpida.

- Siempre son enfermeras o secretarias las más guapas.

- ¿Qué quieres decir con eso?

- Nada.

- Bueno coño, piensa lo que quieras. Llevo cinco meses aguantándome por puertos de mierda y por lo menos aquí están limpias.

Se incorporó y, con ambas manos apoyadas en la mesa, me largó un sermón insólito.

- Mira chico; he visto muchas cosas para que a estas alturas, en el culo de Africa, un compatriota crea que le censuro porque se acueste con una negrita, sea enfermera o lo que sea. He venido aquí porque no hablo ni papa de inglés y me apetecía charlar. Llevo más de un mes sin hablar ni en español ni en portugués –esbozó una sonrisa pícaro–. Así que si tienes mala conciencia por algo yo me voy; hace mucho que no confieso a un blanco y no me apetece nada hacerlo ahora.

Me sorprendió el cura; no pude menos que intentar estar a su altura.

- Nunca había oído hablar así a un cura; perdón, a un Padre Blanco.

- Ni yo hasta que llegué a África. Aquí no hay término medio; o te aprietas la sotana preconiliar o dudas de todo. Y de Padre Blanco nada; yo soy un simple cura y voy que ardo.

- No quería ofenderte. Para mí los misioneros pues ya sabes: barba, crucifijo y blancos de arriba abajo. Lo del Domund, vamos.

- Nosotros somos sacerdotes seculares que optamos por las misiones. Estudiamos en un seminario especial de Burgos. En Mozambique nos llaman los Padres de Burgos.

- ¿Te puedo preguntar por qué te fuiste?

- No me fui, me echaron. Bueno, tampoco me echaron, si no, no podría estar aquí.

Titubeaba. Le eché un capote.

- No tienes que darme explicaciones. Mira, yo soy feo, católico y anticlerical por español y por haber estudiado en colegios de curas. Así que en venganza te invito a comer unos espaguetis que te van a joder los dientes. Eso sí, vamos a comer con la enfermera. ¿Te parece?

- Perfecto –asintió animado.

- ¿De dónde eres?

- De Valencia.

- ¡Hostias!, perdón. Menos mal que ha desembarcado el contraataque; odia a los valencianos desde que se enteró que los Borgia eran de allí.

- Pues no tiene por qué.

El almuerzo fue el típico del día siguiente al vendaval; parecía como si en la víspera nada hubiera sucedido. Siempre me admiró la facilidad de la gente de mar para olvidar los malos tiempos. La muchacha, cuando se lo dijimos, se negó en redondo a comer con los maquinistas, pero no nos fue difícil convencerla; era de esas mujeres orgullosas que, sin transición, pasan de la altiveza a la absoluta docilidad. Única mujer en la mesa, se sentó entre el misionero y yo; parecía sentirse segura escoltada por el clero y el aprendiz de zulú. Todos los comensales y muy especialmente los maquinistas tuvieron con ella un comportamiento exquisito; con sabia amnesia se esforzaban en pasar a la chica la sal, el pan, la mantequilla.

El valenciano animó la mesa con su fallero sentido del humor. Contó chistes cargados de curas y sexo que a nuestros italianos debió transportarles al mundo del Decamerón. Hablaba en una mezcla de castellano, valenciano, portugués y latín que nos hacía desternillar de risa. Se definía como ejecutivo de segunda de la multinacional del Estado-plaza romana. Era un estudioso de la familia Borgia, en especial de César; apuntaba bromas sobre la dinastía que me temo que no fueron captadas por nuestros rudos navegantes. Decía que César era el precursor de Garibaldi y la bella Lucrecia, la Sofía Loren de su época; e incluso que la muerte por malaria del Papa repartemundos había inspirado a Mussolini la necesidad de acabar con el terrible «mal aire». Parodiaba al folklórico dictador: «Una enfermedad que mata papas hay que erradicarla del Imperio; podrían largarse de nuevo a Peñíscola o a Avignon». Sorprendentemente de primer plato no hubo pasta sino arroz a la milanesa lo que aprovechó el valenciano para compararlo con la paella de su tierra. Decía que si el mantecoso plato italiano en lugar de en la bárbara Lombardía hubiera nacido en la mediterránea Nápoles o en Génova, se hubiera parecido al barroco plato valenciano. Le escuchábamos divertidos y extrañados de que no hubiera hecho ningún conato de bendecir la mesa, no repartiera estampitas ni hiciera propaganda del aburrido Seaman's Club.

A los postres se nos unieron el capitán y el jefe de máquinas que solían comer solos en el salón de aquél. Éste, con una cara de recién nacido que hacía impensable la farra de la víspera, nos invitó a continuar la sobremesa en su salón. En el camino se nos perdió la

enfermera con la excusa de buscar a su compañera que seguro continuaría en idilio maratoniano con el tercer oficial.

El capitán estuvo sumamente atento con el valenciano. Le divertía su cháchara sin sentirse molesto por bromas sobre Italia que en otros tiempos le hubieran despertado el inaguantable nacionalismo del converso. Parecía otro, más relajado; se diría que la borrachera había hecho un milagro. Conmigo también estuvo deferente. Era la primera vez que me invitaba a su salón.

La tertulia fue derivando. El capitán informó al misionero del caso Solimán. Quiso saber su opinión sobre la conveniencia de intentar desembarcarlo en Durban.

- Con las pruebas que tenéis sería inútil; tendríais el mismo resultado que en los otros puertos. El gobierno de África del Sur tiene muchos problemas con sus propios negros y, en buena lógica, rehusarán ni siquiera plantearse el caso de un negro, pistolero sin pistola, de un barco extranjero. Podéis intentarlo pero no tengo duda del resultado.

El capitán y yo nos cruzamos la mirada. A estas alturas coincidíamos con el misionero. Quise aprovechar su experiencia sobre el mundo negro y le pregunté.

- En nuestro barco se comenta que Solimán y otros tripulantes negros pertenecen al *Black Power*. Yo siempre había creído que se trataba de un movimiento exclusivo de negros norteamericanos. Lo poco que sé sobre Malcom X y sus seguidores no hace referencia a África. ¿Qué significa que aquí haya negros que se proclamen miembros del *Black Power*?

El valenciano se tomó su tiempo.

- En África, según mi humilde opinión, coexisten en este momento dos ideologías en alza entrelazadas de un modo extraño e incoherente. Una es profundamente africana y se podría definir como «negritud», la otra es de importación, sin raíces en este continente y sin ningún futuro; es lo que llaman marxismo, en una mezcla difícil de digerir de soviétismo, maoísmo y castrismo. A corto plazo es muy posible que esta última consiga un éxito aparente; el ejemplo chino, cubano y el enorme prestigio del David vietnamita tienen su eco en las élites políticas africanas que a su vez reciben ayuda de países africanos semisocialistas donde tienen o han tenido sus santuarios, lo que también les supone una hipoteca que tendrán que pagar. Durante algún tiempo quizás parezca que media África adopta la vía socialista más ortodoxa; pero estoy convencido que, a la larga, esa gran ideología africana sin ideología, ese grito de orgullo de raza con sus muchos riesgos xenófobos y racistas, se impondrá en el África negra. En este continente tiene enorme resonancia lo que hacen y piensan sus hermanos de raza americanos sobre todo entre la juventud. El africano se siente orgulloso de Pelé y de las medallas olímpicas de los atletas negros de los Estados Unidos. Y, cómo no, el *Black Power* y sus Panteras Negras tienen gentes en África que, sin carnet ni organización, ostentan a título individual esa militancia de «lo negro es bello» que se reduce a un comportamiento arrogante ante la cultura blanca y a un ingenuo rechazo a lo europeo.

En América, no lo sé, quizás pase la moda, pero en África se reforzará por la simple razón de que cuando el negro consiga la independencia real necesitará una ideología propia.

- Según lo que dices, el negro es o puede ser más racista que el blanco.

- El negro tiene todo el derecho del mundo a ser racista pero el racismo, tal como lo entendemos, es monopolio de los que mandan. Cuando los negros tengan poder real será su momento de expresarlo.

- Entonces el racismo es algo inevitable.

- Así lo creo. El racismo es como una enfermedad crónica, sin vacuna conocida, y que, como toda enfermedad, es mala y hay que tratar de curar o por lo menos controlar; pero para eso hay que saber que se padece y desear curarla.

- No estoy de acuerdo –solté espontáneamente–: para mí un negro es igual que yo.

- Ese es el error; un negro no es igual que tú. Un negro no es un blanco pintado; el negro es negro por fuera y por dentro. Ni mejor ni peor pero sí distinto. No sé si la historia, el clima, la sumisión u otras zarandajas lo han hecha así, pero esa es mi triste conclusión después de diez años de convivir con ellos.

La charla se estaba tornando tensa. Nuestro capitán arriesgó una broma.

- Los negros con los negros y los blancos con los blancos; a ver si con lo del apartheid han dado en el clavo.

- Podría ser pero no en Sudáfrica. A estas alturas no se puede decir que vamos a vivir juntos pero separados y que cada uno se lo monte a su aire; pero eso sí, controlando nosotros que para eso somos los civilizados y ellos los cafres. Menudo cacao se va a armar aquí cuando se les independicen los vecinos y se queden más solos que la una.

Había oscurecido sin darnos cuenta. El cura miró el reloj y se despidió alegando que tenía que regresar al Seaman's Club, disculpándose por haber abusado de nuestra hospitalidad. El capitán le estrechó la mano diciéndole que esperaba volverlo a ver por nuestro hogar flotante.

Dije de acompañarle. Contestó, socarrón, que si me había olvidado de mi enfermera. Me dirigí al camarote de Enzo que dormía a pierna suelta. Sin abrir los ojos me informó de que las dos amigas se habían marchado. La chica no se habría atrevido a interrumpir la charla del salón para despedirse. Me fui con el misionero.

Durante el paseo hacia el Stella Maris me habló de los últimos años de su vida en África. Me explicó que su organización estaba siendo expulsada de Mozambique por las autoridades coloniales; la razón se debía a que los Padres de Burgos, en su mayoría,

habían optado por apoyar a la guerrilla marxista que luchaba por la independencia de la colonia. Algunos compañeros del sacerdote se hallaban en prisión por denunciar las masacres del ejército portugués; a él le habían mandado a África del Sur, anticipándose a la inminente expulsión, a la espera de órdenes para trasladarse a Tanzania donde ya se encontraban algunos de sus compañeros o a Europa a colaborar en una campaña informativa sobre lo que estaba ocurriendo en la Lusitania de ultramar. En Durban no podría permanecer mucho tiempo; estaba seguro de que las autoridades estarían al corriente de sus actividades y le sorprendía que aún no le hubieran invitado a marcharse. Me informó sobre el sistema colonial portugués y del racismo sutil que allí se practicaba. El no va más de la imaginación salazarista: la teoría de la «asimilación» o proyecto de la integración paulatina de la raza inferior, que consistía en otorgar estatuto de ciudadanía o de «asimilado» a los negros civilizados mientras al resto se les seguía considerando indígenas. A mi pregunta sobre si era marxista respondió con un rotundo no, que no lo era por desconocimiento de esa ideología, por historias familiares y por un cierto rechazo al materialismo de esa confesión; pero que aún así no le importaba colaborar con la guerrilla marxista que en ese momento la consideraba la representante legítima del pueblo de Mozambique. Reconocía en sus líderes un comportamiento honrado aunque ingenuo. Si ganaban sería el momento de plantearse el seguir colaborando con ellos; pero en estos momentos, ni había alternativa ni era deseable. Me explicó también que la toma de conciencia política había sido traumática en algunos de sus compañeros, llevándoles a colgar los hábitos y adoptar el marxismo como nueva religión. Trataban de recuperar a toda prisa el tiempo perdido y unían el débil y necesitado cuerpo a la primera mujer que se les cruzaba en el camino, en algunos casos a mujeres de raza negra, y siempre con resultados dudosos.

Quedé fascinado por la descripción de ese mundo, rico en experiencias y cambios radicales, donde hombres generosos, con el corazón quizás azorado por sobrecarga de ideales, al menor espejismo revolucionario se lanzaban hacia la otra orilla con todo su bagaje de altruismo a costas esgrimiendo las mismas armas y métodos que nunca tienen relevo. Me recordaban a los disciplinados soldados de la Compañía de Jesús en las misiones del Paraguay, ambidiestros de cruz y espada, batiéndose junto a los indios guaraníes contra tirios y troyanos ibéricos.

Nos despedimos como viejos amigos, prometiendo volver a vernos antes de que saliera el barco.

Habían sido veinticuatro horas tensas, hacía frío. Me encontraba cansado y con sueño.

XX LA ENFERMERA

Estuvo más activa

El capitán recibió un mensaje de Lugano en el que se nos comunicaba que deberíamos cargar unos pesados bloques de piedra con destino a Barcelona, puerto que escalaríamos antes de la llegada a Italia. Sin contramaestre, con el primer oficial tramitándose el viaje de regreso vía el milagroso parte médico y con una tripulación inexperta, el capitán, Enzo y yo tuvimos que apañárnoslas solos para guarnir la pluma real. Subidos a la cruceta del palo trabajamos codo con codo durante horas para poner en funcionamiento el viejo puntal de carga para grandes pesos que llevaría años sin usarse. Fue necesario engrasar y revisar grilletes, pastecas y alambres que se hallaban en muy mal estado. El capitán demostró una gran pericia en trabajos de cubierta; probablemente el aprendizaje de marino en la socialista Yugoslavia fuera menos elitista que en Italia o en España. Al final el veterano «Jumbo» pudo con los pedruscos que entraron a bordo sin problemas y quedaron bien estibados y trincados en cubierta junto a las brazolas.

Me encaminé al Stella Maris. Me apetecía charlar con el cura valenciano. No estaba; pregunté por él a un pastor protestante que me respondió que ya no se encontraba en Durban, que se había ido. O no lo sabía o no quiso darme su nuevo paradero. Me dio la impresión de que no se encontraba cómodo hablando de su colega. Dijo que lo único que sabía era que el mismo lunes había abandonado el país. No sé por qué, pero me sentí muy mal; me había hecho a la idea de saborear unas horas al Padre de Burgos.

Regresé al barco, busqué a Alí, le pedí que me condujera hasta la enfermera. Me dijo que le esperara a las ocho de la tarde, hora en que acababa su guardia. Salimos del barco y caminamos juntos por los muelles. Al pasar el control de pasaportes nos separamos unos metros; dijo que no era bueno que nos vieran juntos por la calle. Atravesamos la ciudad de los blancos; en la frontera de los barrios negros presencié un despliegue de policías blancos, rubios, altos, fuertes, impresionantes. Se notaba mucho el contraste entre ambas zonas de la ciudad; la de los negros, sin ser miserable, era más oscura y triste. No había circulación a esas horas de la noche. Siempre con la distancia superior a los diez metros seguí los pasos de Alí hasta que se detuvo frente a una casa de portal grande. Llamó, habló con alguien y miró después a ambos lados de la calle; no pasaba nadie. Me llamó y entramos dentro de la casa; pude ver de cerca el hospital donde trabajaba mi enfermera. Ni el prostíbulo ni el chulo que conversaba con Alí se diferenciaban gran cosa de sus homólogos europeos; en esto, sin duda, los negros sudafricanos habían salido perdiendo. Me introdujeron en un cuarto amueblado con una cama solitaria. Apareció la chica; su vestimenta era más casera, su aspecto el mismo. Cerró la puerta y me obsequió con un cariñoso roce de mejilla. Se dirigió a un rincón de la estancia presidido por una palangana, la llenó con el agua de un jarro, se sentó sobre ella y se lavó. Me llevó hasta el camastro, se quitó la peluca y apagó la luz. Esta vez fui yo quien se dejó llevar. Estuvo más activa. Sabía que era necesario suplir con recursos profesionales la ausencia de fantasía.

XXI RUMBO A BARCELONA

Un enorme martillo al vuelo

Con las averías reparadas, sin contraamaestre ni primer oficial y con los dos pedruscos, como dos inmensos huevos de pascua, bien estibados a babor y estribor de la brazola de la bodega nº 2, dejábamos por la popa Port Natal rumbo a Barcelona.

Si todavía me rondaba alguna tentación de desembarcar, se disipó nada más conocer la inesperada escala del barco. Me hubiera parecido de una cobardía imperdonable el desertar en esa circunstancia. Además de que, si también desembarcaba yo, habría dejado al capitán y al barco en una situación difícil.

En Durban habíamos hecho otro fichaje; un joven italiano, cocinero de profesión y de una simpleza desmesurada, que había aterrizado en África del Sur con algo de dinero y la intención de abrir una pizzería. Montó tres y las tres veces se arruinó estafado por socios sin escrúpulos. Se encontraba sin un duro y nos pidió casi llorando que le lleváramos a Italia. El capitán, como de costumbre, le ofreció pasaje, trabajo y salario, malcubriendo así otra de las numerosas bajas. El pobre fue una víctima más del insaciable Alí. Este, muy serio, preguntó al italiano nada más embarcar que si tenía carnet de conducir sudafricano. El chico respondió que sí. «¡Menos mal!», soltó el negro; y en un abrir y cerrar de ojos le convenció, a saber cómo, de que tendría que conducir la nave durante los tres días de navegación por la costa de la República de África del Sur. Le advirtió de que, caso de una inspección de las exigentes autoridades, el barco sufriría una multa terrible si era conducido por alguien sin documentos de esa República. El muchacho, dando muestras de increíble infantilismo, se tragó el cuento a pie juntillas. Agradecido como estaba al capitán, se dispuso a aprender a manejar el timón, cosa que consiguió en tiempo récord con una destreza que contrastaba con su manifiesta estulticia para otras cosas. Se pasó los tres días sin abandonar el timón combatiendo modorras con el trasiego de los litros de café que con diligencia le suministraba el somalí. El capitán y yo le instábamos a que lo dejara; pero él, con mirada implorante, nos rogaba que le permitiéramos hacer ese pequeño sacrificio en muestra de agradecimiento. Alí se encogía de hombros y nos confesaba que en jamás de los jamases se hubiera imaginado tal éxito.

Al doblar el Cabo de Buena Esperanza sufrimos una de esas borrascas que tanto dificultaban su paso en la época de los grandes veleros. Tuve que pasarme horas en cubierta trincando los viejos encerados de las escotillas que el viento abría y rajaba por los cuatro costados. Los dobles de las esquinas, ya difíciles de hacer en calma, suponían un esfuerzo considerable con viento huracanado. Una noche sentí un escalofrío cuando, estando sólo en cubierta empeñado en doblar la esquina de un encerado, descubrí un sombra esbelta que se movía a mi espalda. Solimán enarbolaba un enorme martillo al vuelo. Golpeó certeramente las cuñas de madera que trincaban el encerado a la brazola. Hice una mueca de agradecimiento. Él, sin responder, se retiró hacia la popa.

Desde la salida de Durban me turbaba pensar en un mal encuentro con el somalí. Me martilleaban en la cabeza las cosas que de él se contaban. Llegué incluso a pensar en la posibilidad de anticiparme. En Port Sudan estuve a punto de hacerme con un arma de fuego cosa que allí no suponía ninguna dificultad. La tarifa del amplio muestrario que te ofrecía la policía local superaba en algo a los veinte dólares de la baja médica. Rechacé rápido la idea; no me veía con pistola al cinto, amenazando, ni siquiera defendiéndome del Sultán. Con el tiempo pasé de sentir un terror profundo a un encuentro desagradable a adoptar una actitud de impotente y resignada espera. Procuraba no toparme con él ni hablar con nadie del tema y tomaba algunas precauciones inútiles e ingenuas.

Conforme avanzábamos hacia el norte nos fuimos reencontrando con el calor del trópico. Las medidas para paliar sus efectos entre nuestra gente fueron las mismas del viaje de ida. El mantenimiento del barco, sin contramaestre, con los «pastores» que habíamos contratado y con mi inexperta batuta, dejaba todo que desear; se pintó poco y mal, se reparó lo que se pudo y nunca antes de que la cosa se cayera a pedazos. Entre Enzo y yo elaboramos una lista de reparaciones para el puerto de armamento que al ser revisada por el capitán me extrañó que no nos echara una bronca.

Comuniqué al capitán mi decisión de desembarcar en Barcelona. No insistió en que me lo pensara como era su costumbre y envió un telegrama a Lugano pidiendo mi relevo.

A la altura del Ecuador se nos averió de nuevo la cámara frigorífica. Tuvimos que comernos a marchas forzadas la escasa provisión de carne y pescado antes de que se pudriera. A partir de ese momento nuestra dieta consistió exclusivamente en pastas y legumbres, cada día con más gorgojos y huellas inconfundibles de ser frecuentadas por roedores.

El calor tropical se alió a la carencia de proteínas y alimentos frescos para crear de nuevo a bordo un ambiente muy enrarecido. La tripulación se negaba a trabajar y cualquier discusión degeneraba en conflicto.

El capitán comenzó a estudiar la posibilidad de entrar de arribada en Dakar para hacer provisión de boca; reparar las cámaras hubiera supuesto una demora considerable.

XXII ENCuentro oceánico

tampoco le gustaban lo epárrago

Una tarde, en la latitud de Sierra Leona, el capitán, se personó en el puente, tomó los prismáticos y poco después cambió el rumbo. Dio orden de seguir la popa a un pequeño pesquero que había avistado. Dijo al telegrafista que intentara comunicar con él. Resultó ser un pesquero español matrícula de Huelva. El capitán me dijo que les propusiera la compra de pescado y que aceptaría cualquier precio. Se lo comuniqué al patrón de la embarcación añadiendo que llevábamos diez días alimentándonos sólo de *espaguetis*. Me contestó, con el acento característico de los andaluces occidentales, que lo entendía, que a él tampoco le gustaban «lo espárrago». Convinimos en continuar a rumbo paralelo mientras escogían el pescado de las bodegas y que después pararíamos los motores para efectuar el transbordo. Al cabo de una hora nos acercábamos y parábamos máquina. Lanzamos cabos e improvisamos andariveles por los que nos pasaron unos sacos enormes repletos de pescado variado que nos dejó bizcos. Al preguntar por el precio el patrón contestó: «Ezo no é ná, joé. En la má estamo p'ayudarno lo uno a lo otro». Cuando traduje la respuesta, el capitán dio orden inmediata de devolver los sacos llenos de botellas de whisky y tabaco americano en cantidad altamente generosa mientras la tripulación, espontáneamente, desataba contra el pesquero un bombardeo de abrazos y salvas de cigarrillos. Los nautas andaluces, con habilidad, recogían con redes los paquetes que casi siempre acertaban en el agua. En media hora finalizaba un intercambio rentable para ambos barcos. Nos despedimos en medio de un festín de agradecimientos. El patrón, por radio, nos deseó que nos aprovechara y nos anunció que «nozotro vamo a cogé una güena con er materiá que noz habei pazao».

Fue una escena evocadora de tiempos en que el hombre de mar no se hallaba esclavizado por la regularidad de la mecánica. Cuando se celebraba el encuentro oceánico intercambiando agua potable, tasajo, galleta gorgojera, cuando se aprovechaba para quitar las telarañas a la vieja botella que compartían los barbudos capitanes de altura, al amor del suave balance, contándose increíbles aventuras dignas del ilustre Comandante Don Vasco Moscoso de Aragón, al que no le hizo falta navegar para soñarlo todo. Quién sabe si Jorge Amado creó, con su farsa, el espejo del navegante.

El capitán, abrazándome, me confesó, y parecía sincero, que si se hubiera tratado de pescadores italianos habrían pactado un precio antes de intercambio. Me sentí muy orgulloso de mis paisanos.

Las planchas de la cocina olían a gloria con las parrilladas del pescado más precedero. El capitán dio orden de que no se escatimara ni bebida ni comida. Toda la tripulación estaba contenta pero sobre todo él, que se había ahorrado la arribada a puerto y los consiguientes problemas con nuestra rúcana Naviera. Yo era saludado como un héroe por todos los tripulantes que concentraban en mí el agradecimiento de sus sufridos estómagos.

Se comió y bebió con largueza, se cantaron canciones mexicanas que todos creían españolas. Después de la cena se continuó la fiesta sin separación de rangos. Al anochecer todos nos encontrábamos borrachos con esa típica y saludable cogorza de hombres solos. Mi estado era de los peores pues todos querían brindar conmigo por España. Hasta Enzo me confesó que dudaba de que fuera fácil conquistarla sólo con la escuadrilla acrobática.

XXIII EL TELEGRAMA

Lo bello es negro!

Faltaba poco para el inicio de mi guardia. Trepé a gatas por las escalas del puente. El capitán, que se había abierto al oeste para evitar la zona de tráfico, daba instrucciones al tercer oficial. Cuando me dispuse a tomar el relevo de guardia los dos se rieron. El capitán, agarrándome por el hombro, me dijo, que de eso nada, que Enzo se había ofrecido a hacernos la guardia y que esa noche él y yo teníamos una cita con el *chianti*; se había empeñado en liquidar las reservas antes de llegar a Italia. A traspies y canturreando algo que se parecía mucho más a la Carmen de Nápoles que a la de Ronda o a la de Merimé, conseguimos llegar a los alojamientos de popa.

En el salón de oficiales se proseguía la francachela. Mi beoda perspectiva detectó la clásica juerga de barco organizada por compartimentos estancos, quizás por última vez antes de la llegada a Europa. Los italianos entonaban viejas canciones populares en las que en una serie interminable de hosterías se daba eficaz solución a todos los problemas del universo; se rodeaban de garrafones forrados de paja de un excelente chianti. El *hippy* francés y el maratoniano timonel italiano, que parecían haber intimado, discutían proyectos de pizzerías-prostíbulos. Los yugoslavos, unidos en el titismo y en la *grappa* adriática, ensayaban cantares que me sonaron a coros rusos. Los árabes preferían la cerveza, quién sabe si por transgredir lo menos posible las orientaciones del Profeta. Los negros, tambaleándose y con los ojos como luciérnagas, despreciaban todo lo que no fueran bebidas secas, mejor cuanto más fuertes.

Nos sentamos. El capitán, besándome la oreja, me preguntó qué quería beber. Le respondí que menos espumante italiano lo que le diera la gana. Riendo a carcajadas y practicando a gritos su español macarrónico, le robó a sus paisanos un botellón virgen de *chianti*. Se zampó a morro un buen trago y me lo pasó.

Fijé mi atención en la asamblea de los morenos. Estaban todos. El camarero sudanés, que se montaba un discurso pletórico de gesticulaciones histriónicas, no me hubiera extrañado que parodiara a nuestro capitán de *bersaglieri*. Allí, silencioso, parecía rumiar su próximo ataque. Los ojos del engrasador ghanés denunciaban su avanzado estado alcohólico. Había aprendido en aquel barco como se detectaba la embriaguez en los hombres de color. El camarero etíope, lejanas las cicatrices, reincidía en el servilismo, esta vez con sus hermanos de raza. Y, como de costumbre, el Sultán, como un señor de la guerra, presidía recostado en un viejo sillón con la pose orgullosa que parecía pregonar: «lo negro es bello».

A trompicones y con el garrafón de chianti bien trincado por el cuello, me encaminé hacia ellos y me planté delante del somalí. Me hicieron cancha. Levanté ceremoniosamente la botella por encima de mi cabeza e hice la ofrenda de las primicias a la madre tierra derramando unas gotas en el suelo; se me desparramó un buen chorro

que nos salpicó a todos. Bebí un trago generoso y ofrecí el recipiente con solemnidad a Solimán que, con gesto displicente, realizó la ofrenda con precisión y bebió.

Alí se había llevado a la negrada. Me había quedado sólo y frente por frente al Sultán. Me aposenté junto a él esmerándome en imitar su estilo altivo.

- Solimán, mañana tengo que enviar un telegrama... Un telegrama muy importante a Barcelona... Tú no conoces a la Nuri, ¿verdad?... Es una buena chica. Un poco tonta, pero buena chica... Imagina que tenía un novio farmacéutico y lo dejó por mí. Ya ves. Yo la animaba a que volviera con él. Le decía que ser la señora farmacéutica estaba muy bien y ser la señora de un piloto de barco no daba para mucho... Pero lo de la chica parece grave. No le hacía ilusión ser farmacéutica. Como lo oyes.

Solimán, hierático, no apartaba los ojos de un punto lejano. A mí me sacaba de quicio que ni me mirara, pero aún así proseguí con la historia de la Nuri.

- La pobre tiene compradas montañas de sábanas, toallas, manteles, ya sabes, esas cosas que hacen las europeas cuando se van a casar. Yo me lo veía negro, perdón... Cuanto más gorda la montaña de trapos, más me costaría que se volviera con el farmacéutico... Tú dirás que también podían servir para el tendero, ¿no?... Pues no. La tía lo ha bordado todo con mis iniciales y tú no conoces a los catalanes una vez metidos en gastos.

El primer maquinista se plantó delante más contento que unas pascuas, dedicándonos su palabrita «guitarra». Le invité a largarse y, obediente, se fue a transmitir su alegría a otra gente. No muy lejos, el capitán y Alí mantenían un interesante debate en lengua comanche. Agarré una botella de *grappa* y le pegué un buen viaje. El áspero sabor del aguardiente me sentó bien después de tanto vino. Observé al Sultán a través de los muchos nubarrones. El jodido ni pestañeaba. Seguí con mi rollo.

- Tú te estarás diciendo... ¿Qué puñetas me va a mí el asunto del ajuar de la Nuri y el lío ese del farmacéutico?... Pues sí hombre, sí, que las cosas hay que hacerlas bien... Mira, desde hace tiempo que me da al tarro que no llego a Europa, ¿no sé por qué?... Igual me está bien por gilipollas, no digo que no... Pero la Nuri no es gilipollas. Un poco tonta, eso sí...

Me levanté, me hice con una servilleta de papel y le birlé a alguien un bolígrafo del bolsillo de la camisa. Me volví a sentar y comencé a garabatear deletreando en voz alta.

- «No llegaré a... Barcelona... hasta que pague... mis culpas»... No, no, esto es muy trágico. «No llegaré... a la Ciudad Condal... hasta que no encuentre... mi Cólquide africana»... No coño que me va a salir muy caro y, además, es una horrerada. «Busca urgentemente farmacéutico... y cástate con él... Besos». ¡Cojonudo! Me gusta. ¿Qué te parece?

Solimán, esbozando una sonrisa burlona, se dignaba mirarme.

- Nunca mandes telegramas; aparece sin más –me recomendó con una sonora carcajada.

Le clavé los ojos. No pestañemos. Como por ensalmo, comenzó a girar todo el salón en torno a mi. Sentí una angustia tremenda. Imágenes extrañas recorrían mi cerebro. Me levanté pretendiendo dignidad. Conseguí dar un único paso. El Sultán me frenó de un zarpazo.

- A mí tampoco me gusta el *calcio* –dijo.

Me zafé de un tirón. Avancé nada. Inicé media vuelta en sentido contrario al de la estancia que ya lo hacía vertiginosamente. Levanté el puño derecho y bramé.

- ¡Lo bello es negro... Eclair, éclair... adelante, adelante ... Hurra!

Me desplomé boca abajo, sin conocimiento, con la nariz hecha polvo.

XXIV MAÑANA

Llegaré a Barcelona

El faro de Montjuich me evocó los meses de prácticas en la línea Barcelona-Palma de Mallorca. Hacía de eso apenas un año y ya me parecía muy lejano. El práctico, las autoridades y los estibadores me obligaron a recuperar en tiempo récord mi lengua y mi mundo. Me obstinaba en el recuerdo del Mar Rojo y del *candray*; me asustaba mi capacidad de adaptación, me horrorizaba pensar que en poco tiempo pudiera quedarme de la travesía un recuerdo no superior al de la línea balear. Quizás fuera lo normal. Este viaje había sido mi primera experiencia profesional que se diluiría de forma natural y puede que deseable entre otros mundos y otros buques. Hasta que comenzara a sentir la necesidad de ahorrar para dejar de navegar posiblemente sin tan siquiera mandar barco, en este momento, el único objetivo claro de mi vida. Incluso podría convertirme en un buen discípulo del marino-zapatero, quién sabe.

Entre la descarga de los pedruscos, las reparaciones y un pequeño flete de cubierta, se preveía una estadía en Barcelona de dos días. En el muelle se encontraba esperándonos el nuevo primer oficial, un piloto gallego muy joven que pareció asustarse por la mezcla de razas y el hecho de no haber a bordo ningún tripulante español. Intenté animarlo y en un par de horas le puse al corriente de los pormenores técnicos del barco. Hice unas maletas rápidas y las dejé en el camarote; no me apetecía cargar con bultos. Me las llevaría al día siguiente cuando volviera a cobrar y no sé si a despedirme.

Era media tarde cuando abandoné el barco. El calendario marcaba primeros de septiembre, hacía calor. En el portalón me tropecé con Alí que no renunciaba a decirme adiós a su estilo. Me soltó su retahíla comanche: «Yo llevar maleta para que gente de tu poblado pensar que tú hombre grande, tener negro que llevar maleta, Massa». Le dije que lo dejara para mañana cuando volviera por el equipaje. Con un apretón de manos me ofreció el *Salam Aleko*. Respondí *Aleko Salam* y eché a correr escala real abajo.

Los muelles comerciales comenzaban a frenar su actividad. Junto a la estación marítima mucha gente esperaba el Ferry de las Islas. Vi al *hippy* francés que intentaba camuflarse entre los turistas de llegada. Evité su encuentro; me constaba que en la enorme mochila tenía un doble fondo lleno de marihuana que intentaría vender en Barcelona.

En la Puerta de la Paz el navegante genovés continuaba en su columna con el gesto de niño mal educado y la fiel escolta de leones. Los fotógrafos al minuto me recordaron uno de los oficios tradicionales de mi familia. Siempre me hacían recordar a mi padre y a mi abuelo, a lomos de caballería la minutería, por los pueblos de Sierra Morena, pioneros de la cultura del retrato familiar.

Enfilé Las Ramblas, concurridas a pesar del sol trasnochador. Los santuarios de mis primeras jaranas estaban al pie del cañón: Jazz-Colon, Sanremo, Cosmos. Tuve que hacer un esfuerzo para no entrar en la calle de Escudillers en cuyas pensiones viví en los cercanos años de estudiante. Tijuana, Tequila, Kit-Kat, tribunas de borracheras de grumete ávido de espejismos marineros estaban cerca y lejos. Compré La Vanguardia en uno de los quioscos noctámbulos. Trinqué el periódico bajo el brazo, sin mirarlo, con gesto inconsciente de ciudadanía recuperada. Junto a la Plaza Real se veían los sempiternos corros de negros y moros.

Opera, flores y pájaros me definían los tramos de la rancia arteria. Comencé a ver la Plaza de Cataluña, frontera de la Barcelona industriosa y de secano. Canaletas, Can Pistolas y la tertulia deportiva me recordaron la primera cita con la Nuri, a la que me presenté tarde y borracho.

Vi un teléfono público. Busqué monedas. Recordé las palabras de Solimán. «Preséntate sin más»... Sí. Pero mañana. Mañana volvería al barco a despedirme. Mañana llamaría a la Nuri. Mañana llegaría a Barcelona.

Barcelona, agosto 1996

INDICE

I	LA PALIZA	3
II	LA MANIOBRA	8
III	ADÉN	11
IV	DJIBOUTI	16
V	ASSAB	20
VI	SUEÑOS	27
VII	LA PISTOLITA	29
VIII	LA RECALADA	33
IX	JEDDAH	35
X	EL SELLO	41
XI	EL ESTRECHO	43
XII	AQABA	45
XIII	PORTSUDAN	47
XIV	EL ANCLA	52
XV	PORT NATAL	57
XVI	LA ORGÍA MERCANTONA	59
XVII	FÚTBOL	61
XVIII	ÉBANO	62
XIX	EL HOMBRE DE BURGOS	63
XX	LA ENFERMERA	70
XXI	RUMBO A BARCELONA	71
XXII	ENCUENTRO OCEÁNICO	73
XXIII	EL TELEGRAMA	75
XXIV	MAÑANA	78

Textos

Sobre el autor

Cecilio Pineda es capitán de la marina mercante, con 20 años de navegación en buques de carga por mares y ríos de este mundo. Nacido en Murcia hace 57 años siente, como tantos otros marinos, una especial pasión por África, por el misterio de sus gentes y los olores complejos de sus puertos. Su dedicación a la literatura nace de su experiencia a bordo entre tripulaciones que constituían en sí mismas una representación del universo. Esta es su primera obra publicada.

Sobre el libro

A mediados de la década de los años setenta, un *candray* de bandera de conveniencia, tripulado por hombres de orígenes y culturas diversas, realiza un viaje que le llevará desde el Mar Rojo, a través de las costas africanas del Índico, hasta Europa. La navegación se convierte en la alegoría de una forma de vida peculiar en la que un grupo de marinos, unidos por el contrato laboral que les liga a la naviera, luchan contra la soledad oceánica del buque y contra las adversidades que aparecen en la dura convivencia a bordo y en las aventuras encontradas en lupanares atávicos. La codicia, el calor tropical, la pulsión sexual, los prejuicios religiosos, la incompetencia, el racismo, la nobleza, la abnegación y el esfuerzo por mantenerse a flote surcan las páginas de esta obra con una intensidad épica inusual en la literatura de nuestro tiempo.

Basada en experiencias reales; “GRAN CABOTAJE: Del Mar Rojo a Barcelona pasando por Port Natal” va más allá de la simple narración de un viaje por mar para adentrarse en las derrotas personales de esos hombres quiméricos de quienes se ha dicho que constituyen una clase aparte: existen los vivos, los muertos y los que navegan.

Texto foto

Retrato del autor, año 1972, realizado por Pilar Pineda